

*Homenaje  
del  
Congreso Nacional de Chile*

*a la memoria del  
Honorable Senador Don*

*Arturo Alessandri Palma*

*Presidente del Senado y  
Ex-Presidente de la República*



26 de Agosto de 1950

*Homenaje  
del  
Congreso Nacional de Chile*

*a la memoria del  
Honorable Senador Don*

*Arturo Alessandri Palma*

*Presidente del Senado y  
Ex-Presidente de la República*



26 de Agosto de 1950



HONORABLE SEÑOR ARTURO ALESSANDRI PALMA,  
Presidente del Senado y ex-Presidente de la República, fallecido el 24 de agosto de 1950.



*En la tarde del 26 de Agosto fueron conducidos al Congreso Nacional los restos mortales del Presidente del Senado de Chile en una impresionante y conmovedora ceremonia oficial.*

*La urna, seguida por S. E. el Presidente de la República, Honorable Cuerpo Diplomático residente y altas Autoridades Civiles y Militares, fué recibida en el pórtico del Salón de Honor del Parlamento por el Presidente de la Cámara de Diputados.*

*El Honorable señor Raúl Brañes Farmer, en representación del Congreso Nacional, pronunció las siguientes palabras:*

«Señores:

Con emoción profunda y rodeado de un inmenso sentimiento de pesar, el Congreso Nacional recibe al que hasta ayer fuera dignísimo Presidente del Senado. Y lo hace en este mismo Pórtico que tantas veces lo viera cruzar, ya como parlamentario, ya como Jefe del Estado.

Recibe el cuerpo de un hombre ejemplar, de un amigo indiscutido, de un valiente luchador, para albergarlo en esta Sala donde otrora ostentara los más altos honores y las más altas distinciones a que puede aspirar un ciudadano en un país de democracia pura.

Don Arturo Alessandri, egregio ciudadano, tuvo el raro privilegio de reunir en sí al tribuno fogoso, al legislador de amplia concepción, al Mandatario austero y sobrio, al hombre humano y profundamente sensible, que supo conjugar estas cualidades con aquellas inherentes al alma misma; bondad, virtud, altruismo y un acendrado cariño con que distinguía a sus amigos y amaba a su pueblo.

Enamorado de la democracia, patriota de singular relieve, sus colaboradores veían en él al gran estadista; la ciudadanía, al gran Presidente; sus partidarios, al infatigable luchador de sus ideales.

Y su pueblo lo amó porque comprendió, con aquella intuición propia de las masas, que su verbo y su acción estuvieron siempre inspirados en la causa de la redención social.

Resuena aún en los ámbitos de las salas del Congreso Nacional el eco vibrante de su voz con que defendía los postulados de una nueva concepción jurídica y de una mejor convivencia social, tan profundamente arraigada en su espíritu.

Su carácter valeroso y altivo, su espíritu tolerante y recto, se agitaban ante el atropello y el error, luchaba abierta y denodadamente en defensa de los méritos, del Derecho y de la Razón. Y cuando con estas armas no lograba vencer, se dolía y se rebelaba su inmenso corazón.

Su vida fué un ejemplo de civismo y nos ha legado una recia enseñanza para los que quedamos defendiendo la Democracia, la Justicia y el Derecho.

Luchó por ideales en la seguridad de alcanzar su concreción y su trayectoria política ha dejado una obra imperecedera que es estimada por la generación actual y lo será por las generaciones futuras.

De alma finamente delicada, de dulzura sin fin, su corazón latió sólo para lo noble, lo bueno, lo justo, lo superior, y la magnificencia de su espíritu estuvo siempre abierta a todo cuanto significaba grandeza, heroísmo y sacrificio.

Hombre dotado de tan altas virtudes, amplio y generoso, despreció la fortuna que le podía dar satisfacciones y comodidades materiales y siempre estuvo alerta para vigilar por el desvalido, por el atormentado de la injusticia y por el enredado en la sutil tela de la intriga.

Como la mayor parte de los servidores de la nación todo lo consumó en sus aras, sin que jamás nada empañara su senda y su inquebrantable afán de luchar y triunfar por lo que creyó humano y justo.

Campeón de la democracia, él no reconoció jamás otro imperio que el del derecho y de la libertad.

La muerte no lo sorprendió; él la esperaba con la misma tranquilidad con que veía llegar a sus amigos; ¡raro y noble privilegio de los grandes corazones, de conciencias superiores y de espíritus selectos!

La democracia, base de nuestro régimen institucional y jurídico, cuya representación más auténtica es el Parlamento, recibe hoy, en su regazo, su cuerpo inanimado, con el dolor de una madre atormentada por el pesar de ver desaparecer a uno de sus hijos más dilectos, que supo amarla, respetarla y hacerla respetar.

Su vida, su acción y su ejemplo, han logrado dejar en el corazón de cada chileno la base de un monumento que se levantará solo, por la inmortalidad misma que merece.

Su noble espíritu asciende hoy a los planos superiores, pero él vivirá entre nosotros no solamente en la piedra esculpida sino también en su imperecedera obra de estadista, ciudadano y patriota».



*El pueblo desfiló ininterrumpida y silenciosamente por la severa capilla ardiente para rendir un postrer homenaje al egregio ciudadano que ocupara el más alto cargo representativo de la Nación.*

*En la mañana del 27 de agosto los restos mortales del Presidente del Senado de Chile fueron trasladados desde el Congreso Nacional al Templo Metropolitano. El Honorable Senador don Florencio Durán los despidió en nombre de ese alto Cuerpo Legislativo con las siguientes palabras:*

«Señores:

Despojados de toda personificación, alejando pasiones o creencias, virtudes y defectos; sin designios de ver transformados en dioses o en demonios a los hombres, fuerza es reconocer y confesarlo en alta voz, «que en el dilatado horizonte de la patria, en lo que lleva corrido este siglo, el nombre y la vida de don Arturo Alessandri, como destellos de una gran luz que no se extingue en cerca de sesenta años de fecundas batallas cívicas, se proyectan como las líneas armoniosas que hacen de las egregias figuras de la historia la jerarquía humana de auténticos conductores de naciones».

No son éstas las horas más propicias para seguir la trayectoria de la existencia rutilante y múltiple del señor Alessandri, cuajada toda ella de los altos pensamientos que el estadista, el político o el tribuno, el Jefe de Estado, el caudillo, el ciudadano o el líder de una idea pone al servicio de su pueblo y de su tiempo, pero quien lo intente, aunque esté atado a los bandos que inevitablemente forman los hombres, podrá consentir como aplicables a su caso estas célebres palabras, que son como salidas para juzgar a los pueblos «Guarde Dios a la humanidad de ver jamás en la sucesión de los siglos, un Estado rebosando fuerza y civilización y que viva lleno de sucesos magnos, sin legar al mundo la memoria de un hombre grande o de un hecho generoso».

La encendida admonición que encierran estas palabras no es aplicable a nuestro país, pues basta recorrer las páginas de la historia y de la tradición más que centenarias para comprobar que a Chile se le ha legado una herencia de inestimable valor.

Ocupa Alessandri todo el escenario del gran movimiento social y político que, extendido por el mundo al término de la primera guerra de este siglo, conmueve en Chile los cimientos de las instituciones, y es él quien reivindica para sí la honra que por su amor a la justicia, lo torna apasionadamente en el abanderado de los derechos de los humildes, derechos que reconoce, porque los considera como una garantía no sólo de la vida de los ciudadanos, sino como la más sólida y permanente sustentación de la paz social.

En noble alianza con el destino, Alessandri, a la par que cubrió de gloria su nombre, su Gobierno y su tiempo, allegó sin disputa con el Evangelio de sus ideales de justicia social, el aporte que no tardaría en traducirse en uno de los principales factores de paz y armonía para la sociedad chilena.

Muchas voces podrían levantarse, tal vez, para discutir sus actuaciones, dilatadas al través de más de medio siglo de combativo existir que traspusieron de una época a otra las pronunciadas mutaciones que lo envuelven sin cesar, pero no habrá una que, preciándose de justa, niegue la intervención que le cupo en el imperativo histórico de restaurar los fundamentos de la convivencia interior.

Alcanzó el poder en brazos del pueblo y de la clase media, a quienes en su Gobierno da la exaltación política, social y económica, que constituían hasta ese entonces anhelos no satisfechos. Bajó más tarde del poder, tan ruda como audazmente lo conquistara, y vuelto de un exilio voluntario o impuesto, es reclamado para dar cima a las reformas sociales, políticas y económicas que muchos años después aún llenan de gloria a su primera administración. Vuelto nuevamente al mando supremo, por voluntad constitucional y popular, se produce una prudente pausa para acometer reformas que consolidan las instituciones políticas dislocadas entonces y las finanzas públicas en desorden y más tarde, durante los sucesivos gobiernos de la última década —si bien no le toca intervenir directamente en el Poder— su influencia se hace sentir como ciudadano y como fuerza de reserva en la vida espiritual de la nación.

Fué un animador incansable de la armonía internacional. En su primera administración realizó los mayores esfuerzos para hermanar de nuevo nuestras quebrantadas relaciones con la República del Perú; en su segunda administración, fué el autor decisivo de la paz del Chaco, acontecimiento que significó un alto ejemplo que la América daba al mundo. Por obra de su prodigiosa y larga vida pública, por su incansable labor humana y espiritual, por los ideales que encarnó y en que resplandecía su amor a la justicia, a las libertades y a los cánones del derecho, que supo transformar en banderas de la nación y a las cuales el luchador afortunado y de ingenio peregrino enroló a todo un pueblo, su nombre y su obra adquirieron la mágica luz del gran caudillo, que no dejó de serlo hasta el triste instante supremo. De su inmensa autoridad dimanó luego el prestigio que en la marea humana fué llevado más allá de las fronteras de la patria y lo transformó en un líder del propio continente.

Hoy roto como yace el cetro de su dominio espiritual, entre las columnas helénicas del atrio del Parlamento, que constituyó el principal escenario de sus grandes triunfos, y sobre las losas deslustradas por los años, que tantas veces traspuso aclamado o vencido el tribuno que encimó con sin igual

esfuerzo la fama, acompañado en la hora inmortal de su destino por la encendida emoción del pueblo, éste lo señala y seguirá nombrándolo como el más invariable y el más enérgico y resuelto de sus líderes.

En el nombre del Congreso de la nación, en presencia de los altos representantes de los Poderes del Estado, de los personeros de las instituciones militares y civiles de la República, el Honorable Cuerpo Diplomático residente, hago entrega de los restos del que fuera hasta ayer el presidente del Parlamento y el incansable sostenedor de las más puras tradiciones de Chile.

He dicho».



*El 27 de agosto se ofició una Misa de Réquiem en la Iglesia Catedral. El Ilmo. Monseñor Luis Arce Pérez pronunció la siguiente oración fúnebre:*



«Excmo. señor Presidente de la República; Emmo. señor Cardenal; Excmo. señor Nuncio Apostólico y Jefes de Misiones; señor Presidente de la Cámara y de las Cortes de Justicia; señores Ministros de Estado; señores senadores y diputados; Excelentísimos señores Obispos; señores Intendente, Alcalde y Jefes de las Fuerzas Armadas; Ilmo. Cabildo Metropolitano.

Señores:

*Et fleverunt eum omnis populus planctu magno.*

Y el pueblo lo lloró con abundantes lágrimas (I. Macabeos IX. 20).

Antes de cerrar la fosa en que reposará la envoltura que animó un poderoso espíritu, antes de que se borre de nuestra pupila la figura familiar, simpática y venerable del ciudadano al cual la nación lo llamó «el más ilustre de sus hijos», antes de que se apaguen en nuestros oídos los ecos de una voz, en un tiempo de elocuencia arrebatadora y hasta el final de su vida respetada, permitid que la voz de la Iglesia que es la madre, eco de todos los sentimientos, dé al hijo que parte al viaje sin retorno su eterna y emocionada despedida y deposite en su frente, helada por la muerte, el ósculo de amor de su oración, símbolo de la paz eterna.

Gobernantes y legisladores, diplomáticos y magistrados, eclesiásticos y militares, jóvenes y obreros que llenáis este templo, llevando en vuestros semblantes la señal de un gran dolor, detened por un momento el ritmo de vuestro paso y mirad en este féretro la puerta que se cierra inexorablemente ante toda grandeza humana y la otra que se abre más allá, con la llave de oro de la fe y la esperanza cristiana.

Pero, aún cuando la muerte es la implacable demolidora de toda la pompa humana y la sepulturera de su efímero brillo, hay quienes resisten a su destrucción. Son los grandes hombres, aquellas cumbres que brillaron por su virtud y su santidad ante todo, aquellos, además, que brillaron por su talento, por su patriotismo, por sus virtudes cívicas, esencias extraídas, como todo lo grande y noble del espíritu humano, de la savia inagotable del cristianismo, de sus principios y doctrinas encarnadas en la civilización que respiramos.

Estos son los hombres que comienzan a vivir en la memoria de sus conciudadanos en el momento en que el tiempo termina, en que la historia va pronunciando sobre ellos su sentencia y abriéndoles sus puertas la inmortalidad.

A esta excelsa galería de los privilegiados sobrevivientes de la efímera debilidad humana, entra hoy el ilustre ciudadano ante cuyos despojos estamos aquí reunidos con emocionada reverencia, don Arturo Alessandri Palma.

Otras tribunas, la gubernativa y parlamentaria, la académica y la de prensa harán elocuentemente su elogio; a esta cátedra que es sagrada sólo le corresponde expresar el dolor de la Iglesia, la que siempre comparte, con emoción y sinceridad, así las bellas alegrías de la patria, como, con mayor razón, sus profundos pesares.

Al colocarme ante la vigorosa efigie del señor Alessandri, yo creo advertir, señores, en su estructura espiritual lineamientos cristianos.

El espíritu cristiano, aquél que «no se sabe de dónde viene, ni hacia dónde sopla», es semejante a esas corrientes subterráneas que nuestras miradas ignoran y que, no obstante, fecundan la tierra en múltiples florescencias.

Me parece encontrar ese fondo, no sólo en las virtudes familiares que deja siempre en el alma la educación cristiana, la que, pese a las tempestades, es raíz que nunca vacila en el árbol de la existencia humana; voy encontrando ese fondo cristiano en la reciedumbre de su espíritu, en la fortaleza de su carácter, en el vuelo de su patriotismo, en su visión del bien común, en el respeto a la religión, en su amor a la justicia social, en su cariño hacia los humildes, en la magnificencia de su corazón.

No me corresponde a mí, señores, no es objeto de esta cátedra sagrada, juzgar al hombre público.

Hoy día se ha abierto un tribunal, el tribunal de la historia y, en ese libro la mano fría de ese magistrado inapelable comienza a escribir sus fallos.

No me corresponde a mí revisar la acción de ese hombre excepcional que ocupó más de medio siglo de nuestra historia patria, como eje de los acontecimientos nacionales o como actor de primera figuración; no me corresponde a mí acompañarlo en aquel incesante subir y también a veces bajar por los peldaños de los honores y de los cargos públicos, dejando siempre en ellos el sello del talento poderoso, del patriotismo acendrado, de la pasión romántica; yo no puedo avaluar la ley de oro de esa oratoria tribunicia que hizo vibrar tantas veces los muros del Congreso Nacional y levantar tempestades de entusiasmo ante públicos no superados en compenetración sentimental; yo no puedo juzgar si el adalid que remeció al país con clarinadas, antes no escuchadas, fué un visionario que creó problemas o fué un

estadista genial que se adelantó a los sucesos, abriendo a tiempo cauces para convertir en algo orgánico lo que pudo ser desorbitado.

Pero, si nada de eso pertenece a la misión que aquí desempeño, puedo, en cambio, en honor a la justicia que debe siempre presidir esta cátedra, señalar ciertas características propias de este ilustre varón que constituyen la médula de sus actos y que son dignas de perpetua recordación.

Debo recordar, señores, la nota de su chilenidad: de su chilenidad sin una quiebra, sin un eclipse; parece que entre los grandes y tormentosos amores que agitaron su corazón fuese el amor a su patria el señor que los presidía, y era un señor que mandaba, un señor que no dormía, siempre vigilante, pronto a saltar a la arena, con arrestos a veces implacables si veía en peligro el honor o la ventura de la dama de sus pensamientos, ¡su patria, señores, su patria!

Debo recordar su amor al pueblo. Hay en esto el cumplimiento de una ley misteriosa y escondida, la ley de la reciprocidad; el pueblo lo amaba, porque se sentía amado; el alma nacional lo seguía por instinto; lo quería, así tal como era, con sus virtudes y sus defectos, con sus apasionamientos y sus yerros; lo quería, así tumultuoso y vibrante y por eso lo rodeaba, en oleadas tras oleadas, admirándolo, como se admira al mar que acrecienta sus dominios por medio de las tempestades.

Debo recordar otra de sus virtudes, aquella ante la cual no basta inclinar la cabeza, sino que merece, cuando se la encuentra, que ante ella se doble la rodilla, porque es escasa: es la bondad.

Se diría que en el alma de este luchador el sentimiento se hubiera endurecido en el choque de mil batallas. No era así, señores. Hablen de su bondad los que disfrutaron de sus ternuras en la intimidad familiar, presidiendo por la incomparable mujer que fué la compañera de su vida, y que, al partir, siguió velando, como un ángel tutelar hasta el día de hoy en que se ha efectuado allá arriba el encuentro de esas dos almas que formaron ese hogar ejemplar.

Hablen de su bondad su voluntad para el servicio, su fidelidad para el amigo, su amplitud para no cerrar pasos, su generosidad para el perdón, su indulgencia para juzgar a hombres y acontecimientos, tan propio de la serenidad que da el atardecer de la existencia.

Hablo aquí, señores, cumpliendo una misión de la Iglesia. Ella que enseña las virtudes, sabe dar a cada una su valor y, entre ellas, ocupa un sitio de honor la noble cualidad de la gratitud. La Iglesia sabe agradecer.

Ante estos despojos mortales, cumplo pues, este deber.

El señor Alessandri, hijo de la Iglesia por su bautismo, por su educación, por su fe cristiana que nunca negó, aunque alejado en épocas de su vida de la casa materna, no solamente jamás alzó la mano, ni siquiera en su dilatada vida pública hizo derramar una sola lágrima a su madre, la Iglesia.

Durante su Gobierno se produjo el acontecimiento trascendental de la separación de la Iglesia del Estado.

Es verdad que fué para aquélla un hecho doloroso; así lo expresó el Arzobispo de venerada memoria don Crescente Errázuriz, quien, con acentos conmovedores expuso los principios, lamentó las consecuencias, conmovió el corazón de los chilenos con aquel argumento inapelable de la esposa, noble y sublime, a quien después de una vida centenaria de unión pacífica y leal se le notifica la separación y el divorcio; el argumento del dolor y de las lágrimas. Razones superiores juzgadas por la Santa Sede dieron paso a la separación.

Mas, es de justicia reconocer que, gracias al tacto, a la prudencia y al respeto del señor Alessandri, ella se produjo en condiciones tales de paz y hasta de amistad que suavizaron considerablemente la angustia del corazón católico de los chilenos.

De ese espíritu del señor Alessandri nació la fórmula salvadora que ya se ha encarnado en nuestras prácticas, como una tradición la más honrosa y benéfica, la fórmula de «la amigable convivencia».

¡Quiera, después de la protección de Dios, el espíritu de quien la ideó velar por su aplicación y si hay quienes, en momentos de extravío, quisieran perturbarla, que se levante amenazadora ante sus conciencias la sombra augusta de quien le dió la vida, en bien de la paz y la armonía, para reprocharles su acción!

---

Llega, señores, el momento en que hay que pronunciar la palabra triste, la palabra amarga, el momento de la eterna despedida.

No se deja sin dolor lo que es amado. Y cuando ese amor es la expresión del alma nacional, el dolor que provoca su ausencia toma a su vez inmensas proporciones.

Llegad al pie de un féretro querido, entregad a la voracidad de la tierra los frágiles restos de un ser amado y al despedir a ese amigo con aquella palabra, fría como la tumba que se abre, dura como el dolor que la inspira, sentiréis que la voz se anuda en la garganta, que oprimen vuestro pecho los sollozos, y en vez de las palabras de los labios, sólo podréis hablar con el lenguaje mudo del corazón que son las lágrimas.

Ha llegado, señor, ese momento.

La vida fué para vos generosa en sus donaciones; estábais acostumbrado a pasear por las calles de la capital y de un extremo a otro del país, en medio de explosiones de entusiasmo, bajo arcos de triunfo, sobre tapices de flores, ensanchando vuestro corazón con los aires festivos y cariñosos de las canciones inolvidables que el alma popular os dedicaba.

Señor, en este momento daréis vuestro último paseo por las calles de esta ciudad que os fué tan amada, en medio de vuestro pueblo tan querido.

Lo mismo que en vuestras giras gloriosas, el pueblo está, como siempre, en torno vuestro: nadie falta a la cita; aquí os rodean gobernantes y legisladores, la Iglesia y las naciones amigas, el pueblo y la juventud; nadie falta a la cita; sólo hay un ausente en ella, que soy vos. . .

Sólo que ahora enmudecen las gargantas, no se escuchan los aplausos, los cantares de alegría son reemplazados por los graves acordes de las marchas fúnebres; sólo hay suspiros por ecos y lágrimas por aplausos; ha cesado el ruido de la tierra, y se siente algo como un eco de eternidad.

Es que vais, señor, cumpliendo la ley eterna, a ocupar vuestro sitio en el asilo de la larga espera de la resurrección de la carne.

¡Es la lección abrumadora de la vanidad de la vida!

Partid, señor.

La Patria y la Iglesia os despiden; aquella lo hará pronto por medio de su ilustre Presidente; ésta deposita aquí, por medio de su venerado Pastor, en vuestra frente ya yerta, el ósculo de la paz.

«Dále, Señor, el eterno descanso y que tu luz perpetua alumbre su camino».

## EL PODER EJECUTIVO

---



*Conducida la urna al mausoleo de la familia Alessandri en el Cementerio General, la ciudadanía rindió un impresionante y postrer homenaje al ex-Jefe de Estado y eminente ciudadano.*

*En la rotonda del Cementerio General, S. E. el Presidente de la República despidió los restos del insigne estadista fallecido en los terminos siguientes:*

«Señores:

Para quienes bien la entienden, democracia es selección. El proceso todo que entraña el juego de las instituciones que configuran nuestro sistema de convivencia, significa la búsqueda de los mejores, la determinación de las cualidades más altas, el encuentro de las unidades humanas más dignas de servir con eficiencia a los fines del Estado y de la colectividad.

De ahí que la manifestación de virtudes morales e intelectuales de excepción en la vida de algún varón ilustre, la buena valorización de esas virtudes por un pueblo y la entrega consiguiente de una ilimitada confianza política a quien las posee, lejos de contrariar el sentido igualitario de las democracias, lo comprende y afirma su carácter de superior expresión de la cultura.

Don Arturo Alessandri fué de los excepcionales.

Intuitivo y talentoso a la vez; pensador y militante; hombre de doctrinas y realizaciones; humano por sobre todo. Contenía en su ser las excelencias de la democracia. Tengo la honra de ser uno de los sucesores del Excelentísimo señor Alessandri. He vivido y sufrido las experiencias que ofrece el ejercicio de nuestra Primera Magistratura.

Por eso, al ofrecer este homenaje nacional, yo deseo destacar la grandeza del político que se ha ido desde el punto de vista de quien siente una permanente comprensión solidaria por los rasgos fundamentales de la obra que el señor Alessandri desarrolló desde la Jefatura del Estado.

Don Arturo Alessandri fué un producto genuino y brillante del parlamentarismo.

Sin embargo, comprobó que la inestabilidad de los Gabinetes causaba la anarquía en el manejo de los intereses nacionales, e iba a ocasionar fatalmente, como ocurrió, el derrumbe del régimen democrático y el advenimiento de la dictadura.

El gran repúblico marchó entonces al exilio, acompañado por las esperanzas y los anhelos del pueblo de Chile.

Desde entonces surge en el señor Alessandri la voluntad vehemente de reformar la ley constitucional para librar al país del caos político vigorizando la acción del Poder Ejecutivo.

Sus propósitos vastos de reformador; su deseo de materializar en obras sus ardientes palabras de sincera promesa; su sentido de la responsabilidad, lo hacían apreciar con exactitud los defectos inmensos de una modalidad política que relajaba el principio de autoridad, y que ofrecía la impresión de que el ejercicio de la función política era un espectáculo intrascendente ofrecido al país, agobiado de problemas, por elementos insensibles a los verdaderos estímulos de la época.

Hace ya veinticinco años que, bajo la inspiración del tribuno cuyos restos entregamos en esta mañana a la reverencia de la posteridad, la Constitución Política Chilena fué reformada.

Señores:

Los gobiernos que han sucedido al del señor Alessandri han estado expuestos a la crítica republicana; la opinión ha juzgado sus actos y ha hecho el balance de sus aciertos y de sus errores.

Pero es necesario estar o haber estado en la dramática situación del Gobernante para justipreciar en todo su alcance la trascendencia de la reforma que don Arturo Alessandri propició en bien de la Patria.

Epoca de urgencias diarias, de angustias ininterrumpidas, de multiplicidad de problemas, cuya solución no puede aguardar un instante la nuestra no habría tolerado aquel régimen parlamentario de Gobierno. Hoy se requiere —y Alessandri lo vió hace 30 años— un Gobierno estable y capaz de acciones dinámicas, un Ejecutivo que acierte o se equivoque con presteza; pero que resuelva.

Si hay error, la crítica pública reguardada como derecho supremo por las leyes y la tradición chilenas, procurarán la enmienda.

Bien de la Patria merece el señor Alessandri por la reforma de 1925, su obra política trascendental.

---

La unidad espiritual de un país es necesaria a su progreso. Una Nación cuyos componentes se entregan a las querellas religiosas y no las evitan con una sana y permanente actitud de tolerancia, es una Nación condenada al retraso.

Fenómeno que mira a la intimidad del sentimiento, la religión no ha de ser materia de la decisión política.

Así lo comprendió con sabia prudencia el estadista que en 1920 asumió la Presidencia de Chile.

Y se dió en nuestra Patria el halago imponderable de que la Iglesia y el Estado pactaran su propia separación en un ambiente de admirable cordialidad.

Bien sabemos cómo la medida que recuerdo ha repercutido en la vida cultural chilena.

Nada ha sufrido la fe religiosa. Por el contrario, cimentada en el alma de los que la profesan, sigue su curso en medio del más absoluto respeto, tolerancia y libertad.

La iglesia, por su parte, coopera a la estabilidad de las instituciones y al progreso cultural y moral del país, y la opinión pública laica ha dejado de confundirla con alguna posición política que pudiera interesarle destruir.

Homenaje magnífico al gran conductor sería el de prometernos de solemne manera contener la tentativa de cualquier sectarismo que venga a remecer la paz espiritual de los chilenos, reiniciando las estériles luchas de carácter doctrinario religioso.

Junto al espíritu de Alessandri yo pido a todos los chilenos que no alteremos esta tolerancia mutua y esta comprensión superior.

---

Porque era un demócrata sabía que la democracia necesita de hombres; y entendía que el hombre sólo alcanza su digna condición cuando supera la miseria, cuando vive de acuerdo con las exigencias de la civilización, cuando tiene un instante para el esparcimiento y para el reposo, cuando puede mirar sin angustias el porvenir, porque el Estado ha previsto los riesgos de las enfermedades, la invalidez y la ancianidad.

Alessandri había difundido con singular energía el humano evangelio de las cuatro libertades que Roosevelt proclamara ante el mundo, dignificando al establecerlo, su memoria y la de su pueblo.

El Presidente Alessandri obtuvo en inquietantes circunstancias, la dictación de las leyes sociales básicas de nuestro derecho del trabajo. Elevó con ellas el nivel de la vida proletaria; pero logró algo más: incorporar a la condición humana y, por consiguiente, a la posibilidad democrática, a muchos miles de hombres que vegetaban en la depresión, la desesperanza o ese tremendo escepticismo de los humildes que convierte a los pueblos en apagadas unidades nacionales.

---

Señores:

He señalado las tres obras magnas del Presidente Alessandri.

Si las miramos en conjunto, advertiremos que estuvieron presididas por una sólida concepción doctrinal de la política. Por eso, la acción del señor Alessandri fué armónica. Gran republicano, quiso una autoridad firme que actuara en un país de hombres libres, espiritualmente unidos por la tolerancia y confiados en el progreso social conducido por la tutela de la ley.

Vió lo esencial de su deseo realizado. Y vió también, como otros continuábamos su histórica labor.

Ha de haber muerto con la noble convicción tranquilizadora que da la certidumbre de haber servido siempre a la República y de haber trazado las grandes líneas de su futuro promisor.

Presidente Alessandri:

Chile estrecha junto al vuestro su propio espíritu, y os ofrenda su gratitud. Al despediros exhibimos al Continente entero vuestra grandeza. Ingresáis a la más alta categoría de la Historia.

Señores:

En un día luminoso — cual anticipo de alegre y promisorio primavera — cayó agobiado para siempre. El peso de tanta miseria y el sorbo de tanta virtud doblegaron la gloriosa ancianidad. Su parlata nos ha hecho ver los instantes característicos de las grandes angustias colectivas. Hemos percibido el sollozo que aprisiona el dolor y protesta que mueve los labios; la letra que traduce una verdad y traza la huella del recuerdo en la mejilla del pueblo esperanzado.



Hemos sido testigos del dolor de un pueblo, que es el dolor de América. Y la verdad es que nuestro postizo homenaje a don Arturo Alexander Palacios, el Vicepresidente del Senado, señor Ulises Correa, al despedir en el Cementerio General los restos del ex-Presidente de la República y presidente del Senado, pronunció las siguientes palabras:

El paso de don Arturo Abel futuro, procediendo con su característica: Adolescencia, juventud y madurez. Debía llegar. Tendría sus horas de la esperanza y conquista. Años tormentosos, estroizados, de periles heroicos, fueron los suyos hasta la cercanía de la vejez.

Llevando en su interior el impulso inconfundible de los transformadores, procuró sus propias victorias del futuro, procediendo con agresiva persistencia en la búsqueda de su consagración. Debía llegar. Tenía su meta y su sueño.

Era habitualmente audaz y justo y no ofrecía renunciamiento ni inquietud. Es que tenía la fuerza interior de los que saben que han de justificar su existencia desde cierto punto, que han de adelantar pagándose el precio en todos los actos y en todos los instantes.

No era un alma que se resigna, y cuando le falta, no era el marco de donde obtener el vital para discurrir y luchar en liviana actitud desprecocada.

Se pasó por la Estación del Sur y se llegó a la casa que había llegado allí para realizar su obra y cumplir su deber. Se levantó el estandarte que había pro-

«Señores:

En un día luminoso —cual anticipo de alegre y promisorio primavera— cayó agobiado para siempre. El peso de tanto mérito y el acervo de tanta virtud doblegaron la gloriosa ancianidad. Su partida nos ha hecho vivir los instantes característicos de las grandes angustias colectivas. Hemos percibido el sollozo que aprisiona el dolor; la protesta que muerde los labios; la lágrima que traduce una verdad y que traza la huella del recuerdo en la mejilla del pueblo esperanzado.

Hemos sido testigos del dolor de un pueblo, que es el dolor de América.

Y la verdad es que nuestro postrer homenaje a don Arturo Alessandri Palma debiera ser expresado en el tono de la más noble serenidad.

Despedir a quien fuera hasta ayer presidente del Senado, significa examinar su obra. Más que eso: destacarla. Destacarla como ejemplar desde el punto de vista democrático y señalarla a todas las generaciones como expresión de lo que un político, dado entero a su vocación cívica, significa en el curso de la vida republicana.

El paso de don Arturo Alessandri por la vida chilena es característico. Adolescencia, juventud y madurez combativas, fueron esas edades cuyas las de la esperanza y conquista. Años tormentosos, esforzados, de perfiles heroicos, fueron los suyos hasta la cercanía de la vejez.

Llevando en su interior el impulso inconfundible de los transformadores, procuró sus propias victorias del futuro, procediendo con agresiva persistencia en la búsqueda de su consagración. Debía llegar. Tenía su meta y su sueño.

Era humanamente ambicioso y justo y no ofrecía renunciamento ni quietud. Es que tenía la fuerza interior de los que saben que han de justificar su existencia desde cierto sitio, que han de alcanzar jugándose la sangre en todos los actos y en todos los instantes.

No era ambición intranscendente y vanidosa la suya. No era el mero deseo de obtener el éxito para disfrutarlo y lucirlo en liviana actitud despreocupada.

Su paso por la Presidencia de Chile demostró que había llegado allí para realizar sus viejas concepciones; para impulsar las reformas que había pro-

clamado a lo largo del siglo; para mejorar la condición de los humildes; para fundar los cimientos constitucionales de un gobierno estable; para procurar la tranquilidad social mediante la separación de lo religioso y lo político; para introducir la previsión en nuestro cuerpo de leyes básicas.

Su ambición era deseo de servir; de servir a su país y a su idea, a sus principios, que excedieron los límites de todo conglomerado partidista, porque significaron siempre una aspiración depuradora de la democracia.

La época de sus luchas pertenece a la historia parlamentaria. Agil, elocuente, arrollador, polemista de implacables recursos, no podía sino imponerse en cualquier Congreso de habla castellana.

Era temible por su fuego; pero jamás dejó de serenar el ánimo cuando los superiores intereses patrios exigían conciliar y cooperar.

En 1920 se transforma el caudillo en estadista. Asume la jefatura del Estado y de inmediato señala a su propio pueblo, a ese pueblo que llegó a quererlo hasta el delirio, las diferencias que median entre el sentido de progreso y la demagogia.

Impone la autoridad; contiene todos los desbordes; gasta sus energías, que aún conservan mucho de juveniles, en la lucha política de todos los días en contra de sus adversarios; pero cuida de no lanzar a su pueblo frenético a ninguna aventura suicida. Hombre de avanzada, demostró no serlo de motín o de rebato.

Impone autoridad, pero legisla para los modestos. Les entrega leyes progresistas; realiza lo posible del liberalismo; impulsa la educación pública. Mantiene viva la fe popular en sus propósitos.

Cae, después, envuelto en la crisis que parecía irreparable de 1924. Tras de sí, sus adictos despiertan de nuevo a su pueblo. Este lo exige. Es llamado; vuelve, lucha, pierde y, con su derrota, llega de nuevo lo irregular, la fuerza, lo inestable.

El país comienza a mirarlo como indispensable. Los que lo resistían, revisan sus propios sentimientos; los que lo quisieron, reencienden sus afectos.

Regresa de nuevo y otra vez es Presidente de Chile. Viene la normalidad definitiva. Defiende el régimen y termina su período constitucional entregando las insignias del mando al jefe de una combinación política que revivía la esencia del año 1920. El lo había combatido; pero cumple con imparcialidad su deber de gobernante y consagra al sucesor adversario con serena limpieza.

Vuelve al Parlamento en que todo es familiar. Aporta su experiencia y su buen consejo. El diputado violento e inquieto de otra época es ahora el senador de las conciliaciones. Las procura en cada instante. Señala lo arti-

ficial de ciertas diferencias y logra que los más jóvenes consientan en guardar sus aceros.

Preside el Senado. Más que el reglamento, es él quien dictamina. Su buen sentido y su extraordinaria capacidad de percepción lo hacen descubrir siempre lo adecuado. Todos ejercitan sus derechos. Chocan a veces las corrientes; pero el Senado resuelve a mayor gloria del régimen democrático.

Es que el anciano Presidente ha sonreído por encima de cada tempestad. . .

Señores: despido en nombre del Honorable Congreso Nacional los restos de don Arturo Alessandri Palma. El hacerlo es para mí dramático.

Fué amigo respetable y compañero leal en la Mesa Directiva del Senado. Su pérdida ha herido en lo más profundo mis sentimientos y no puedo hablar acerca de él sin emoción reverente.

La vida ya no alienta en los labios del gran tribuno. Lo hemos perdido. Advertiremos pronto lo que significa su ausencia. Por ahora, los que volvemos al viejo edificio del Congreso, nos limitamos a inclinarnos y a exaltar su espíritu».

*El Presidente de la Corte Suprema de Justicia, don Humberto Trucíos Fransoni, pronunció, en el acto del sepelio, las siguientes palabras en nombre del Poder Judicial:*



«Excmo. señor Presidente de la República; Eminentísimo señor Cardenal; Excmo. señor Nuncio Apostólico; señores Jefes de Misiones Diplomáticas, señores Ministros de Estado; altos Jueces de la República; señores parlamentarios; señor Intendente, señor Alcalde, señoras y señores:

Una luz viva y luminosa se ha extinguido bruscamente estremeciendo de pesar a la Nación entera.

Para el gran repúblico que fuera don Arturo Alessandri Palma se han abierto las puertas del más allá y ha penetrado en sus arcanos, doblegado por el peso de sus merecimientos y de su infatigable batallar en pro de la grandeza de su pueblo y del bienestar de sus conciudadanos.

Cincuenta años de una vida de constante lucha, plena de realizaciones, deja tras de sí, pero no vamos en estos instantes a hacer un recuento de sus obras ni a narrar la historia de su vida como caudillo popular, como político, como jurisconsulto o gobernante, que todos sobradamente conocemos y apreciamos. Queremos simplemente hacer una compendiosa síntesis de su fecunda existencia demostrando que su vida entera fué todo un poema de amor:

Porque amó a su patria por sobre todas las cosas y la ofrendó con sus geniales concepciones de estadista y gobernante, su experiencia y su saber.

Porque apreció con ternura la debilidad de la mujer y dió plena satisfacción a sus ansias de igualdad, elevándola a la misma condición jurídica de que disfruta el hombre; Anticipándose en muchos años al veredicto del jurado que otorgó a Gabriela Mistral el Premio Mundial de Literatura, promovió una ley de excepción, aun vigente, para favorecer la continuidad de la labor literaria de tan excelsa poetisa y el fluir de sus estrofas a menudo escritas en ese lenguaje bíblico y místico que nos transporta a la meditación y al éxtasis, o en ese otro de palabras tan sencillas y llenas de ternura, como cuando nos arrulla y embelesa con sus canciones de ensueño o de cuna.

Porque amó a la juventud con verdad y emoción; se solidarizó con sus afanes e inquietudes y tendió su mano paternal y afectuosa a incontables jóvenes a quienes deparó un porvenir más promisorio y venturoso.

Porque amó con unción de apóstol al proletariado indefenso, que con el pujante y diario esfuerzo de su músculo crea bienestar y labora la grandeza

de la patria, y lo protegió con una legislación plena de sentido humano y social, que constituye garantía cierta de tranquilidad y paz.

Porque amó a la Ciencia, a las Artes y a las Letras y dispensó a sus cultores el homenaje de su más encendida admiración.

Porque amó a sus amigos y le prodigó con derroche su lealtad y gratitud.

Vivió así noble y bellamente, una vida austera y sencilla, pues no le envanecieron los honores ni el poder que ejerció por espacio de dos lustros renovados.

Derramó el bien a manos llenas. ¿Qué persona o institución no le debió algún favor? ¿Golpeó alguna vez a sus puertas la necesidad sin ser escuchada y atendida?

Por eso no es de extrañar la apoteosis que significan estos funerales, que ponen de manifiesto el sentido trascendente de su obra, como político, como estadista, como gobernante, o como simple ciudadano; ni es de extrañar tampoco que toda ella haya sobrepasado las fronteras, inspirada como está en un hondo ideal americanista y en una cabal comprensión del sentido de unidad, confraternidad y solidaridad universales: son los efluvios naturales de una personalidad desbordante, apasionada y abierta a todas las ideas.

Al entregar sus mortales despojos a la tierra por cuya prosperidad luchó con fe de cruzado, estamos ciertos que en este mismo instante inscriben su nombre en las páginas imperecederas de la Historia, que se ennoblecerán mañana narrando a las generaciones venideras la armoniosa obra de progreso, de paz y de solidaridad humana que realizara en vida quien fuera ardiente defensor de la libertad y de la dignidad ciudadana.

En representación del Poder Judicial y como depositario del profundo sentimiento que embarga a sus miembros, me inclino reverente ante los restos del insigne Mandatario.

Que la tierra le sea ligera y que nuestra gratitud no le abandone».

## EL H. CUERPO DIPLOMATICO

---

El Primer Mandatario, el Gobierno, el Congreso, todo el pueblo, toda la República están sumidos en el dolor. . . ¿Por qué? . . . Porque ha muerto don Arturo Alessandri. No, señores, el difunto no está muerto, sino que descansa, enjugad, pues, vuestras lágrimas, confortad vuestro dolor, cesad vuestras lamentaciones. . . porque habéis oído y sabéis que no ha muerto. Ante el misterio de la muerte todos como todos han creído, los ciegos ven y los sordos oyen: la lección de la muerte es la historia de todos nosotros porque él, don Arturo, fué lo que nosotros somos y nosotros seremos lo que él es ahora.

*El Decano del Cuerpo Diplomático, Nuncio Apostólico Monseñor Mario Zanín, vertió las siguientes expresiones:*

Sobre su sepulcro podéis escribir: «Aquí yace la historia, casi un siglo de historia, que es también gran parte de la Historia de la Patria». El ha vivido esta historia, la ha escrito, la ha repetido y la ha cantado y vosotros la habéis oído tantas veces y la queréis oír aún, porque es la canción eterna de vuestras glorias y de vuestras victorias, es la poesía épica de vuestra tierra, es la epopeya viva de vuestros mejores días. Su sepulcro, señores, es una placa de bronce con el relieve secular de Chile, es un pergamino clásico de unas bodas de diamante, es una lápida conmemorativa que resume la crónica del pasado y del siglo presente; es vuestra historia.

No ha muerto don Arturo Alessandri Patria, porque «el finchus adug locandit». Él siempre habla y habla siempre y hablará con la elocuencia que le ha dado el cielo y la tierra, hablará por muchos años, hablará el País, hablará el Pueblo y hablará el Gobierno y el Parlamento. Él vive en las páginas de la historia, él vive en las páginas de la gloria.

«El Primer Mandatario, el Gobierno, el Congreso, todo el pueblo, toda la República están sumidos en el dolor... ¿Por qué?... Porque ha muerto don Arturo Alessandri. No, señores, el difunto no está muerto, sino que descansa, enjugad, pues, vuestras lágrimas, confortad vuestro dolor, cesad vuestras lamentaciones... porque habéis oído y sabéis que no ha muerto. Ante el misterio de la muerte todos creen como todos han creído, los ciegos ven y los sordos oyen; la lección de la muerte es la historia de todos nosotros porque él, don Arturo, fué lo que nosotros somos y nosotros seremos lo que él es ahora.

El hombre, nace para vivir, vive para morir y muere para revivir y vive por siempre no en el tiempo sino en la eternidad.

Señores, no ha muerto, solamente descansa... Sobre su sepulcro podéis escribir: «Aquí yace la historia, casi un siglo de historia, que es también gran parte de la Historia de la Patria». El ha vivido esta historia, la ha escrito, la ha repetido y la ha cantado y vosotros la habéis oído tantas veces y la queréis oír aún, porque es la canción eterna de vuestras glorias y de vuestras victorias, es la poesía épica de vuestra tierra, es la epopeya viva de vuestros mejores días. Su sepulcro, señores, es una placa de bronce con el carmen secular de Chile, es un pergamino clásico de unas bodas de diamante; es una lápida conmemorativa que resume la crónica del pasado y del siglo presente, es vuestra historia.

No ha muerto don Arturo Alessandri Palma, porque «defunctus adlocquitur», el difunto habla todavía y habla siempre y hablará con la elocuencia inagotable de un artista de la palabra; habla y hablará por muchos años aún desde el Palacio de La Moneda y del Congreso, del Senado y del Parlamento, de todas las Tribunales de Chile y su voz será escuchada en las orillas de los dos océanos, hasta en Europa y hasta en Roma donde ha conocido y hablado a cinco Pontífices.

Señores colegas del Cuerpo Diplomático, lo habéis escuchado también vosotros y lo escucharéis dentro de pocos días en la sala de nuestras reuniones de la Nunciatura Apostólica. Vosotros veréis el sillón presidencial que hace poco él mismo quiso regalar a la Santa Sede como recuerdo y obsequio a un Papa, Pío Nono, que fué el primer Consejero de la Nunciatura Apostólica

en Chile. Y el sillón presidencial de Arturo Alessandri tiene ahora exactamente treinta años, lleva el escudo de Santiago y de Concepción y el cóndor de la Cordillera; tiene dos soberbios leones tallados...

Cuando don Arturo vino personalmente a ofecérmelo, dijo unas pocas palabras que fueron como un testamento: «Me siento tan orgulloso y tan contento que ese sillón esté aquí, porque de esta manera me parece estar más cerca de vos, más cerca de la eternidad, más cerca de Dios».

Señores del Cuerpo Diplomático, repitamos ahora el rito cotidiano de los Delegados Representantes de la NU:

Inclinémonos ante el difunto, vivo, que habla todavía, por un instante de oración, de meditación, de silencio».

# EL PARTIDO LIBERAL

---



*El H. Senador don Ladislao Errázuriz, presidente del Partido Liberal, al despedir los restos del ilustre ex-Mandatario, a nombre de esa colectividad política, pronunció las siguientes palabras en el Cementerio General:*

«Ante la majestad misteriosa e insondable de la muerte y la suprema excelstitud de la inmortalidad, el Partido Liberal se inclina acongojado y reverente. Tributa el homenaje de sentido dolor y de profunda admiración al que hasta ayer fuera el primero de sus hombres, el más preclaro ciudadano de este país y la más respetada personificación de cuanto encierra de vigoroso, noble y fecundo el último medio siglo de la historia patria.

La magnitud de nuestra tristeza sólo admite parangón con el duelo nacional que ha producido su desaparecimiento. La patria entera, que él tanto amó y a cuyo servicio brindara generoso los mejores esfuerzos de su vida plena y ardorosa, se ha hecho cauce profundo entre montañas para que corran raudas las copiosas lágrimas de dolor de todo un pueblo.

La historia, severa y gran diosa, espera, las más veces, para consagrar a los estadistas, que el tiempo aplaque las pasiones, que se cicatricen las heridas producidas por las aristas agudas de las personalidades combativas y que la límpida perspectiva de los años fije, imparcial y justa, los verdaderos méritos de los servidores públicos.

Don Arturo Alessandri no necesitó que el crisol del tiempo depurara de mezquinos juicios su labor de imponentes realizaciones. La afectuosa admiración general le había forjado en vida el pedestal de su inmensa y justificada nombradía. Este espontáneo y anticipado reconocimiento, es la más irrecusable y manifiesta comprobación de sus extraordinarios merecimientos.

A diferencia del emperador filósofo, que refiriéndose a su póstuma elevación a los altares, dijera que la muerte lo transmutaría en dios, sus conciudadanos le rindieron en vida el férvido homenaje de su admiración sin límites y como a los héroes de la antigüedad, lo convirtieron en paradigma de abnegación cívica y de entereza republicana.

La vida que escapara de su envoltura terrena nos privará para siempre de su comunicativa simpatía, del aliento de su verbo encendido y autorizado, de la seducción de su bondad y de la ayuda inapreciable de sus sabios consejos. Pero jamás nada podrá arrebatar nos el estímulo de una vida indómita y sin rencores, el recuerdo de su ejemplo y el santo calor de sus abnegados y patrióticos afanes.

Su nombre, su acción y sus obras llenaron todo el presente siglo de nuestra política. Su recia y avasalladora personalidad rebasó las fronteras de Chile para convertirse en el gran ciudadano de América. Sus campañas agresivas y valientes, unidas a su elocuencia persuasiva, fácil y arrebatadora, lo transformaron en el más grande caudillo popular de nuestra historia.

El raro magnetismo que dimanaba de sus hondas convicciones no lo derrochó en estériles turbulencias. Supo dirigir la marea inquieta y tumultuosa que había despertado en la conciencia popular, por cauces constructivos de disciplina y de progreso. Como verdadero estadista, intuía y encarnaba las aspiraciones de redención social satisfaciéndolas con equidad, pero erigiéndose también en infranqueable valladar para el frenesí de los impacientes. Pudo así aprisionar, en una perfecta ecuación, la justicia social y el impulso creador de las iniciativas individuales.

Los humildes constituyeron la perenne y principal preocupación de su prodigiosa existencia. El mejoramiento de sus condiciones de vida, el norte de sus iniciativas y desvelos. El pueblo de Chile que lo comprendió y lo quiso, unánime y espontáneamente, ha colgado en el frente de sus modestas viviendas el sagrado tricolor orlado de negros crespones. Rinde así el postrer tributo de su admiración y de su afecto al patriota ilustre y al benefactor insigne.

Es que para él la política nunca fué la fría expresión de una posición académica o doctrinaria, sino el sagrario donde se encontraba siempre palpitante, angustiada de dolores o preñada de esperanzas, la vida, esa dualidad pequeña y gloriosa que funde en el hombre, en unión divina, la materia y el espíritu.

En las lides cívicas, propias de las verdaderas democracias, luchó siempre vigorosa y apasionadamente, aún dentro del propio Partido Liberal que se encontraba dividido en fracciones ocasionales. Cuando todas las corrientes del liberalismo desembocaron como río poderoso en el cauce común de su unidad, D. Arturo Alessandri pasó a ocupar, ya definitivamente, el sitio de honor, como un símbolo venerado, bajo el alero acogedor de la vieja tienda política en que siempre militara.

Diputado, senador, Ministro de Estado, Presidente de la República y Presidente del Senado, todos los altos cargos que una democracia brinda a sus hijos selectos, los desempeñó con brillo y provecho. Nunca consideró llegado el momento de acogerse a un bien merecido descanso después de tan larga como fructífera jornada. Su alma privilegiada, abierta a todas las inquietudes espirituales, siempre estimó que podía aun servir con beneficio a su patria y así lo hizo, sin egoísmos ni reservas, prodigándose entero hasta el último instante de su vida asombrosa.

El paso de los años no hizo otra cosa que acrecentar con el bagaje de la experiencia sus notables cualidades, sin herir en lo más mínimo el vigor y la frescura juvenil de su privilegiada inteligencia. A ella hemos acudido, en los últimos tiempos, como a suprema autoridad, todos aquellos a quienes el porvenir del país interesa y preocupa. Su consejo, jamás negado y siempre certero, retempló nuestra fe en los altos destinos de Chile.

Los amados de los Dioses mueren jóvenes, pudo decir el poeta; pero aquellos que conservaron el espíritu perpetuamente lozano y ágil a través de una larga y proficua existencia son los verdaderos elegidos.

La obra de don Arturo Alessandri cobrará día a día perfiles de mayor relieve e importancia. Su acción dinámica y creadora, proyectada en el tiempo y en el espacio de Chile, rendirá frutos ubérrimos para bien de nuestra patria. A su muerte no deja bienes materiales, que nunca ambicionó, pero lega a su pueblo la conciencia de su redención y de su destino; a su Patria, la organización y la fuerza de sus instituciones; y a su Partido, su nombre, un nuevo título de orgullo, una nueva consigna de superación y la sangre de su sangre proyectada en la personalidad preclara de sus hijos.

*Ambas ramas del Parlamento destinarán una sesión especial para rendir homenaje a la memoria del eminente Senador Arturo Alessandri Palma.  
Usarán de la palabra representativa de todos los Partidos políticos.*

SENADO DE CHILE

SESION 31.ª EN MARTES  
29 DE AGOSTO DE 1950.

Presidencia del H. Senador Ulysses Correa C.



HOMENAJE A LA MEMORIA DEL PRESIDENTE DEL SENADO,  
DON ARTURO ALESSANDRI PALMA, CON MOTIVO DE

*Ambas ramas del Parlamento destinaron una sesión especial para rendir homenaje a la memoria del eminente Senador Arturo Alessandri Palma. Usaron de la palabra representantes de todos los Partidos políticos.*

rento. Ya no preside nuestros debates quien, para orgullo de nuestra convivencia, ostentara la limpia ejecutoria de más de medio siglo de intensos y fecundos afanes públicos. Ya no escuchamos la voz de su conciliación ni recibimos su sabio consejo. Sus labios, que produjeron ríos de elocuencia, pronuncian hoy, muy quedos, la arenga implacable de la muerte.

Fue despedido por procesión cívica gigantesca; por el dolor y llanto de su pueblo; por voces que, inahucadas en pensamientos, atrancaban de la palpitante emoción del corazón; por la elegía de los clarines de su tierra; por la visión multicolor y vibrante de las enaltecidas banderas americanas.

Así despedimos a un hombre. Más que a un hombre. Así honramos a quien, entre sus tareas, portaba un trozo brillante de nuestra historia patria.

Porque Alessandri fue algo, precisamente eso, el artífice que creara con destreza el luminoso legado de su obra cívica, vital y vigorosamente en el legado histórico de nuestra patria.

Porque su personalidad, su espíritu, su vida, su obra, se han convertido en un ejemplo para nosotros, para todos nosotros, para el futuro.

Porque su memoria, su ejemplo, su vida, su obra, se han convertido en un ejemplo para nosotros, para todos nosotros, para el futuro.

Porque su memoria, su ejemplo, su vida, su obra, se han convertido en un ejemplo para nosotros, para todos nosotros, para el futuro.

# SENADO DE CHILE

SESION 24.<sup>a</sup>, EN MARTES  
29 DE AGOSTO DE 1950.

*Presidencia del H. señor Ulises Correa C.*

## HOMENAJE A LA MEMORIA DEL PRESIDENTE DEL SENADO, DON ARTURO ALESSANDRI PALMA, CON MOTIVO DE SU FALLECIMIENTO

El señor CORREA (Presidente).—«Honorable Senado:

Ya no está entre nosotros la expresión humana de nuestro cariño reverente. Ya no preside nuestros debates quien, para orgullo de nuestra convivencia, ostentara la limpia ejecutoria de más de medio siglo de intensos y fecundos afanes públicos. Ya no escuchamos la voz de su conciliación ni recibimos su sabio consejo. Sus labios, que produjeron ríos de elocuencia, pronuncian hoy, muy quedos, la arenga implacable de la muerte.

Fué despedido por procesión cívica gigantesca; por el dolor y llanto de su pueblo; por voces que, traducidas en pensamientos, arrancaban de la palpitante emoción del corazón; por la elegía de los clarines de su tierra; por la visión multicolor y vibrante de las enlutadas banderas americanas.

Así despedimos a un hombre. Más que a un hombre. Así honramos a quien, entre sus manos, portaba un trozo brillante de nuestra historia patria.

Porque Alessandri fué eso, precisamente eso. El artífice que creara con devoción el inmenso bagaje de su obra, adentrado vigorosamente en el fecundo historial de nuestra nacionalidad.

Tuvo su personalidad múltiples acentos, que le permitieron destacarse en el concierto de nuestros valores humanos más esclarecidos.

Orador que encendía el alma de las multitudes; tribuno de recios matices; conductor de pueblos en diferentes etapas de la historia; estadista eminente; visionario que esquivaba la huella muchas veces desconcertante de nuestro destino.

Presentía el peligro de las reacciones humanas; la rebeldía que incubaba el desorden cuando arranca de la noche eterna de la necesidad y la miseria.

Buscaba e imponía la ecuación de justicia; esa ecuación que busca el equilibrio perfecto de derechos y deberes; que avienta el egoísmo y contiene la demasía.

Fué vehemencia y generosidad. Generosidad sin cálculos ni reservas.

No sintió atracción por los bienes materiales. Sabía que el espíritu es inmortal frente a la materia, siempre pequeña, fugaz y transitoria.

La paz del Continente le es deudora de su emoción y de su reconocimiento. Pensaba que sólo de las entrañas del amor puede arrancar una humanidad mejor; más justa, más feliz.

Sólo aceptaba la tiranía de la ley y del derecho.

Todo lo dió al Servicio del país.

Hasta escasas horas, sublimó su vida con la entrega de su voluntad y de su esfuerzo en larga jornada, que sólo interrumpió cuando sus pequeños ojos azules fueron cerrados para siempre por la caricia tibia de la eternidad.

Tuve el privilegio de compartir al lado suyo la última etapa de su vida. Hoy —ironía tremenda del destino— tengo la pena infinita de comunicar oficialmente a mis Honorables colegas su partida para siempre; de decirles que ya no percibiremos los chispazos de su genio; que el arpa armoniosa de su voz enmudece ante la solemne majestad de lo desconocido; de decirles, por fin, que, si escrutamos el espacio, alcanzamos a advertir una visión reconfortante; Alessandri, inclinado siempre, esta vez por el llamado definitivo de la tierra, marcha hacia la vida justiciera de la posteridad.

He dicho».

Puede usar de la palabra el Honorable señor Faivovich.

El señor FAIVOVICH.—«Honorable Senado:

Don Arturo Alessandri, Presidente de esta Alta Corporación, figura descollante en la política nacional y estadista con proyecciones en el campo internacional, acaba de desaparecer.

Ha rendido su tributo a la madre naturaleza y, desde el instante mismo de abandonarnos, ha hecho vibrar con renovada emoción los sentimientos más puros de su pueblo.

Tarea difícil, por no decir imposible, es bosquejar el enorme contenido de las múltiples facetas de este egregio ciudadano.

Su juventud, plétórica de amor al estudio, de disciplina moral e intelectual, de profundo interés por los problemas de la cosa pública, lo empuja a atesorar un acervo de conocimiento y de experiencia, que luego ha de poner al Servicio de su patria.

En 1897, al ingresar al Congreso Nacional como diputado por Curicó, pone pie firme en el primer peldaño de una carrera política fulgurante que ha de llevarlo a la inmortalidad.

Nuestros anales parlamentarios registran, con caracteres de excepcional brillo, su intervención en los debates más candentes y de mayor trascendencia para la vida republicana; y revelan su espíritu de lucha y su extraordinaria elocuencia.

Es una espada centelleante al servicio de causas generosas y de hondo sentido humano.

Una campaña memorable lo trae al Senado de la República, para representar a la provincia de Tarapacá, contienda que lo consagra precursor indiscutido de los profundos cambios sociales y económicos que muy pronto habrían de producirse en la vida nacional.

La intuición innata de nuestro pueblo descubrió en don Arturo Alessandri a un magnífico apóstol y conductor, que hablaba en un idioma nuevo para aquella época: los derechos del proletariado y de la clase media.

El verbo encendido y profético del tribuno y estadista fecundó las esperanzas del alma popular.

El pueblo no se engañó.

Don Arturo Alessandri derramó, con la violencia del huracán, con el fuego de una gran pasión y con la ternura de un amor infinito, por los campos, por las minas, por los talleres y las fábricas, por el norte duro y agreste, por el sur feraz y promisorio, por todos los ámbitos del país, su evangelio de redención social.

En 1920 llegó a la Presidencia de la República, como concreción magnífica, con visión de futuro, de un incontenible movimiento nacional que aspiraba a hondas y trascendentales transformaciones de nuestra estructura política, jurídica, social y económica.

Y es allí, en el ejercicio del Poder, donde don Arturo Alessandri revela sus extraordinarias dotes de gobernante.

Enérgico hasta la temeridad para sostener sus ideales; impermeable a las presiones interesadas, no obstante su delicada ductilidad para recibir sugerencias, dotado de cautivante simpatía y profundo conocedor del alma humana, logró convertir en realidad numerosas y sentidas aspiraciones colectivas.

El político de tan hondas inquietudes, de tan extraordinario valor y de convicciones doctrinarias tan arraigadas, tendría muy pronto que chocar, brusca y violentamente, con un muro granítico de incomprensiones y de egoísmos.

No le corresponde a nuestra generación, sino a la historia, serena y justiciera, dar su fallo sobre esa etapa en que se interrumpió el cauce normal de nuestra vida republicana.

Pero hay un hecho que destaca aún más la recia personalidad de este hombre extraordinario. Durante su ostracismo, revelando su alma de espartano, supo mantener indómita su voluntad de imponer los principios que sustentaba en nombre del pueblo.

Despejados los nubarrones que envolvieron a nuestra democracia, la voz de su pueblo lo reclamó para que prosiguiera su tarea interrumpida.

Con la majestuosa serenidad de su espíritu superior, sin anidar en su corazón odios ni rencores, recomenzó su obra de gobernante.

Guiado por su pasión de dar estabilidad institucional a la República y poner término a un régimen parlamentario caótico, emprendió decididamente y realizó la reforma de nuestra Carta Fundamental, iniciativa que complementaba la monumental legislación social, administrativa, económica y financiera que obtenía para ordenar la vida del país.

Si como padre del derecho social chileno don Arturo Alessandri conquista un sitio de honor entre los más altos exponentes del pensamiento y de la justicia, como artífice de la Constitución que nos rige y de numerosas y trascendentales reformas legales se consagra uno de nuestros estadistas más preclaros.

En cada uno de sus actos, sea como parlamentario, como Ministro, como Jefe del Estado, puso siempre el sello inconfundible de su amplio espíritu de tolerancia y de respeto a los atributos de la personalidad humana.

Obedeciendo al convencimiento de que la libertad de conciencia es sombra bajo la cual pueden cobijarse todos los credos para respirar el aire puro de la libertad, bregó ardorosamente por la laicización de nuestras instituciones.

Si gigantesca fué la obra en todas las manifestaciones de la vida nacional del estadista que empuñara por dos veces al mando supremo, su acción americanista destaca en forma sobresaliente, en el exterior, su extraordinaria personalidad.

Cultor de la paz, buscó con ahinco y entusiasmo entendimiento y amistad entre los pueblos de América.

Exaltó ante las demás naciones las virtudes del pueblo de Chile, sus instituciones, su cultura y su historia. Fraternalizó con hombres de razas y lenguas distintas, en su afán de crear vínculos de comprensión y de afecto. Abrió de par en par las puertas de la amistad de Chile, para producir reconciliaciones con países hermanos.

Su voz cálida y elocuente tuvo resonancia en congresos internacionales, y su verbo encontró eco en todas las patrias y en todos los espíritus abiertos a la confraternidad.

El país, la América, el mundo, se han conmovido dolorosamente con la caída de este viejo roble, que durante más de medio siglo fuera azotado por vendavales de pasiones y de entusiasmos, de triunfos y de derrotas, sin jamás abatir su firmeza ni su modestia.

El Partido Radical encontró en don Arturo Alessandri, en períodos álgidos de nuestra vida republicana, un intérprete de sus elevados ideales de libertad, justicia, paz y tolerancia. En contiendas cívicas memorables lo hizo su abanderado y le entregó todo su preciado acervo espiritual. Destacados exponentes del radicalismo colaboraron con su Gobierno impregnando la labor de este gran Mandatario con sus postulados y principios.

Honorable Senado: hoy, que la muerte de don Arturo Alessandri cierra un ciclo de nuestra historia, el Partido Radical rinde, por mi modesto intermedio, el homenaje de sus más caros sentimientos a la memoria de este ciudadano que honró a la República.

La obra monumental de don Arturo Alessandri, su alma bondadosa y sensible al dolor de los desamparados, su espíritu de justicia, su palabra encendida y arrobadora en defensa de la libertad y del derecho, su amor al pueblo y a la patria y su alcurnia de gran demócrata, constituyen una inestimable herencia que fertilizará perennemente la grandeza nacional.

Su acción fecunda y patriótica será inmortalizada en el mármol y en el bronce, como ejemplo magnífico de virtud ciudadana para las generaciones del porvenir.

He dicho».

El señor PRIETO—. «Señor Presidente:

Ante la muerte del gran estadista que, por voluntad unánime, habíamos llamado a presidir nuestras sesiones, nos inclinamos, con emocionado dolor, los senadores conservadores tradicionalistas.

Curioso y extraño magnetismo el de don Arturo Alessandri: incorporaba y amarraba al carro de su personalidad y de su simpatía aún a quienes no siempre estuvieron de acuerdo con todas sus actuaciones. Es que tenía altura de hombre superior; admitía el desacuerdo y la controversia, sin rebajar en lo menor el cariño, la consideración y el afecto para los que no pensaban como él.

Tal vez fué ése el imperceptible y fuerte imán que creaba y retenía a su lado amistades profundas y enotivas en todos los que tuvieron ocasión de estar cerca o frente de él, en cualquiera de las etapas de su maciza y larga carrera al servicio de la República.

Es ésta la primera condición humana —rara y excelsa virtud— de su gran corazón. En sus cincuenta años de batallar en el campo político fué tantas veces, él, por sí solo, falange que arremete o ariete que derriba. Y, sin embargo, muere sin dejar enemigos. Lo podemos afirmar con certeza todos los miembros de esta alta Corporación, que presidía casi por derecho propio; y lo hemos visto confirmado ayer no más, al volcarse todo un pueblo ante su tumba —sin distinción de clase, ni de condiciones— unido en dolor verdadero y comprensivo.

Y, en seguida, tenía esas tres cualidades fundamentales que hacen al gran gobernante y que fijan los contornos del verdadero estadista: inteligencia, voluntad y sentimiento.

Inteligencia viva y sagaz que sabía resolver con acierto y aún penetrar en el porvenir para evitar oportunamente las dificultades que podían surgir.

Voluntad y carácter que, en acción permanente, perseguía infatigablemente la solución del problema que se había propuesto la realización del propósito que lo animaba o la ejecución de una obra de interés público general.

Y, por sobre todo, sentimiento, noble e insaciable sentimiento para servir a los humildes y a los que más requerían de la ayuda y de la asistencia del Estado.

Nunca supo ser tibio frente a su ideal, ni desfallecido frente a la acción. Sirvió la doctrina que profesaba, la doctrina liberal, dentro de sus arraigadas convicciones, con la apasionada vehemencia de su temperamento de hombre fuerte y batallador.

Pero, más que hombre de partido, si miramos su obra en la perspectiva del tiempo, podríamos situarlo hoy como hombre de todos los partidos, ciudadano ilustre de Chile, pues tuvo el inmenso mérito de haber logrado, en una de las etapas más fundamentales y graves de nuestra historia, aunar casi todas las voluntades y hacer un gobierno verdaderamente nacional. Supo usar de energía para poner fin al desorden y supo, a la vez, amortiguar las pasiones para mantener un clima de tranquilidad y de comprensión entre los diversos grupos sociales. Supo hacer respetar la Constitución, olvidada de muchos, y la ley, niveladora de los derechos y las obligaciones de todos.

Recibió, en 1932, el país destrozado por las luchas sociales; carcomidas sus finanzas por la mayor de las crisis mundiales que registra la historia; paralizadas las oficinas salitreras; apagados los fuegos de las empresas mineras; toda la industria nacional de hecho en quiebra; 200.000 cesantes que no tenían alimentos, ni siquiera techo dónde cobijarse; con la moneda envilecida y, en muchos, un evidente desprecio por el régimen legal y democrático.

Sin embargo, pudo con legítimo orgullo cerrar los seis años de su segunda Presidencia, diciendo al país, en su último Mensaje al Congreso Nacional, estas reveladoras y elocuentes palabras: «Ahora devuelvo las finanzas saneadas, las industrias y el comercio en gran prosperidad, sin cesantes, con obreros y empleados particulares y públicos mejor pagados de lo que estaban antes. Hay orden y prosperidad en todas las actividades nacionales. He cumplido lealmente con mi deber y por eso mi conciencia está tranquila».

¿Cómo se operó aquel milagro? Gran lección de la historia legada por él, lección que, desgraciadamente, ha quedado olvidada o incomprendida por muchos; es que había ampliado y perfeccionado su vieja fórmula de que sólo la armonía, la comprensión y el amor hacen grandes a los pueblos y permiten que florezcan las industrias, se acreciente el comercio, las instituciones públicas funcionen correctamente y sean respetadas, el país progrese y se cree el bienestar general, especialmente necesario para el mejoramiento de las clases más modestas de la sociedad.

Apagar rencores y unir en lazos de fraternal concordia a todos los chilenos fué la incesante obsesión de su espíritu en estos últimos años; y no fueron pocas sus amarguras y quebrantos al comprobar cómo, a pesar de todo, seguían cavándose fosos de separación, de luchas y de odios que nada bueno presagiaban.

Su acción de armonía, de comprensión y de concordia rebasó nuestras fronteras y tuvo acogida generosa y agradecida en pueblos hermanos del Continente americano.

Unidad nacional y unidad de los pueblos de América es la lección fundamental que nos diera su ejemplo: enaltecedora lección que no tendremos palabras bastantes con qué agradecer. Y por eso, hoy, ante el pesar de su muerte, entornan sus puertas, no solamente todas nuestras instituciones públicas y privadas, sino también las de todas las Cancillerías del Continente americano.

Impresionante personalidad la de don Arturo Alessandri, que, a veces, desorienta a algunos por las múltiples facetas de su espíritu. Alguien me decía ayer no más: «Es el único político que yo conozco que ha sacado lecciones de su propia experiencia, hasta para rectificarse y mejorar sus actuaciones. Sólo puede hacerlo quien tiene gran personalidad y gran corazón».

Puede ser eso y es, a mi juicio, más que eso: en el fondo de su alma se agitaba el propio destino de Ariel, que siente el inextinguible deseo de subir, de subir siempre hacia la cumbre donde se encuentra el ideal de su pensamiento, de ese ideal que, precisamente por ser ideal huye y se aleja siempre. Pero las almas grandes —al decir de Rodó— no abandonan jamás la lucha, se depuran, se perfeccionan, se rectifican y siguen siempre subiendo infatigablemente por la colina tras de alcanzarlo. Ariel jamás se detiene.

Así fué Alessandri: con acerada y recia voluntad despreció el camino de los tímidos que se colocan detrás de las masas sólo para empujarlas y las halagan con pueriles discursos. El, como verdadero conductor de pueblos, siempre tomó su lugar al frente, para guiarlas y seguir subiendo, subiendo siempre, hacia las cumbres de sus dos grandes ideales: el amor a la Patria y el amor a los humildes y necesitados.

Y el pueblo lo ha comprendido y lo ha agradecido. Pudo nublarse en algunos momentos su popularidad. Pero ¡qué importa! Ariel ha triunfado, y hoy el pueblo de Chile se inclina respetuoso y admirado ante la obra que supo cumplir, los progresos que logró imponer, los beneficios que supo implantar para bien de su Patria y de aquéllos a quienes siempre prestó amparo.

Doctrinas sociales de amor al prójimo, que es amor a Dios, y de amor a la Patria, que es amor a la familia y a la tierra de nuestros mayores, son vínculos que nos unen con el gran gobernante que hasta ayer ilustraba y presidía nuestros debates.

En nombre del Partido Conservador Tradicionalista le rindo el más ferviente homenaje de nuestra gratitud y de nuestra admiración. Y hago votos para que Dios, en su infinita bondad, le haya reservado el sitio que le corresponde a quienes han amado con desinterés a sus semejantes y han servido, con sacrificios y sin egoísmos, nobles y santos ideales.

He dicho».

El señor ALLENDE—. «Señores Senadores, señores Ministros: ¡Qué difícil es decir la verdad cuando ella encierra un elogio a un hombre que está presente!

No se puede decir que ha muerto quien, hasta ayer, nos acompañaba con su voz y con su gesto en nuestro afán de defender al pueblo y de cubrir de esperanzas sus dolores.

Arturo Alessandri, el laborioso caminante de medio siglo de nuestra historia patria, está aquí, junto a nosotros.

En este recinto, sitio de sus luchas, en donde supo de triunfos y derrotas, se siente y se respira su gran espíritu, que tantas veces se encendiera victorioso para enseñarles a los humildes el justo camino de su redención.

El ritmo de su voz, la tibieza inmortal de su palabra, y su afecto fraterno, recorrieron la angustiada geografía de Chile; y de hombre en hombre, de hogar en hogar, de pueblo en pueblo, Arturo Alessandri estremeció, hace treinta años, la detenida historia de nuestro país con vigorosas ideas de una transformación social que iban a ser el comienzo de una lucha por alcanzar la verdadera democracia política y económica.

Trazar el perfil de Alessandri no es tarea de sus contemporáneos. Será el tiempo el que le dará sus contornos definidos, su relieve exacto y su signi-

ficación en la vida nacional, Y, fríamente, se juzgarán sus actos de político, de gobernante, de estadista y de caudillo.

En este momento él está detenido en su humana trayectoria. Desde ayer pertenece al pasado. No lo tenemos aquí, pero está con nosotros. Esto tan simple, señores senadores, es lo que se llama la historia. . . : ser del pasado, estar en el presente y proyectarse en el futuro. Y esto mismo es lo que no podemos construir nosotros.

Nosotros sólo podemos recordar sus hechos, sus ideas, sus palabras. . .

Fué hace años, y parece que fuera ayer. Un pueblo —el nuestro— vivía abatido, cansado, sin esperanzas y sin fe.

Y corría el año 20. . . El año 20 que así, sencillamente, ha pasado a ser un símbolo en nuestra vida ciudadana.

Una espesa bruma de tradición y de molicie política adormecía a los partidos.

Los sectores oligárquicos detentaban el Poder y negaban al pueblo su participación en la vida pública.

El salitre y el cobre, con la vitalidad eterna que le dan sus hijos —los obreros— seguían la simbólica bandera de Recabarren que, apasionado y romántico, buscaba nuevos caminos para lanzar por ellos la vida social chilena. . . Pero la utopía se estrellaba con la cruda realidad.

Las transformaciones sólo es posible ejecutarlas desde el Poder.

La soberanía del pueblo sólo se hace presente cuando llega al Gobierno uno de los suyos que, fiel intérprete de sus anhelos, trata de convertirlos en realidad. Porque las mareas del pueblo no las detienen los hombres y ellas sólo pueden ser absorbidas por las realizaciones de la justicia social.

Los derechos de la igualdad no tienen diques donde reposen sus impulsos; el hambre, la injusticia, la explotación y la miseria necesitan orientarse hacia acciones positivas para evitar la esterilidad de la anarquía, la falsedad de los demagogos o la quiebra de la democracia.

Alessandri es el caudillo popular que, con su encendido verbo, que es campana y llamarada, demuele prejuicios, aplasta rancias ideas y lleva por los caminos de la ilusión a las explotadas multitudes.

Su doctrina de justicia y redención abre un nuevo cauce ciudadano, y por él, por vez primera en nuestra historia, pasa el pueblo.

Sus enemigos quedaron sorprendidos, porque nunca entendieron de dónde venía esa fuerza que tan rápida y tan firme, sin hacerse presente antes, rompía las tinieblas del oscurantismo político que por treinta años ensombreciera la luz reverberante del Presidente Balmaceda.

Como una parábola que se levantara a través del tiempo, Alessandri recibía la herencia del gran sacrificio del 91. Y eso ocurrió, también, para justificar las paradojas de la historia.

Arturo Alessandri. Su nombre fué una enseña, y su acción una victoria.

El instinto seguro de las multitudes eligió bien, y en recompensa a su fe, el Presidente Alessandri entregó a la nación instituciones jurídicas y reformas sociales que dieron nueva estructura a la República y mejores condiciones de vida a sus ciudadanos.

Estableció derechos del pueblo que éste usaría como instrumento decisivo contra quienes pretendieran detener su avance o negaran la aparición de un humanitarismo social que había entrado a vigorizar definitivamente la vida democrática de Chile.

Supo abrir cauces de agua limpia para las tierras que estaban mal regadas por las aguas pobres.

Detuvo el vendaval de las pasiones. . . ; él el más apasionado, cuando éstas iban a desbordarse y arrasarse con nuestras instituciones republicanas.

Fué inflexible con los enemigos de la democracia, cuando la libertad de los hombres podía haber perdido su magnificencia y su grandeza. . . Desde el solio de los Presidentes rompió la tradición de los privilegios adquiridos, y, armonizando la realidad con las ideas, fué quebrando principios intocables, que por muchos años parecieron de granito incommovible y que atajaban el desarrollo social y económico de nuestra tierra.

Por primera vez el Estado comprendió que debía defender al Hombre. Y si el Estado tenía derechos, Alessandri estableció deberes. Si el Estado simbolizaba la justicia, humanizó sus leyes. Si el Estado representaba el poder, le infundió a ese poder el calor humano de haber emergido de la voluntad popular, endurecida por el dolor de sus hombres, de sus mujeres y sus niños. Y lo predicó con palabras y lo confirmó con hechos, dando a su acción de gobernante la grandeza de una fe que venía de su convicción democrática y de su confianza en el mandato que el pueblo le acababa de entregar.

El respeto a nuestra soberanía fué su preocupación de chileno.

Luchar por la paz, fué su inspiración de estadista.

La fraternidad continental fué su norma de gobernante americano.

Y en su vida tumultuosa y creadora, más acá del caudillo, del político, y del gobernante, viene a nuestro encuentro el hombre. . . , apasionado y caprichoso, resuelto y sobrio, humano y sentimental, mezcla de buena arcilla y de tierra endurecida, donde a veces la crudeza del invierno —realidad y sentimiento— se encontraba con un tibio sol.

Amó a los hombres con sus pequeñeces, y los comprendió en sus ansias.

Fué así, seguramente, porque él los conocía a todos. . . Los vió ricos, y empobrecerse. . . Los vió pobres y enriquecerse. Supo el secreto de sus vidas, la orientación de sus actos, la sinceridad o insinceridad de sus ideas, y, a pesar del destino turbio que guía la estrella del hombre, él nunca perdió la fe en la persona humana.

Jamás permitió que el escepticismo o la duda anidaran en su alma plena de energías.

A los veinticinco años fué Ministro. A los ochenta y uno, poseía la vitalidad del gladiador que comienza a enfrentarse con la vida y la confianza del que ha ganado su primera batalla. . .

Podríamos decir de él lo que se dijo de Mitre:

«JOVEN, cuya juventud brilló con todas las madureces de la vejez; VIEJO, en cuya vejez relampaguearon todas las primaveras de la juventud». Todo le interesaba, en su curiosidad germinante y voluntariosa.

No aceptó que el oro rigiera su destino ni permitió que, en injusta caravana, los poderosos volcaran su odio contra los desamparados.

Nadie mejor que él, que conocía a los hombres, enseñaba como el pueblo castiga con el eterno olvido a quien lo engaña o lo traiciona.

Y el pueblo de Chile, que ha ido adquiriendo la conciencia de su fuerza y su poder, ha estado tres días y tres noches observando el ejemplo de su muerte, como un aviso que viniera desde un oráculo lejano a advertirle que cuide en señera vigilia su independencia y sus derechos, ahora más que nunca, porque falta uno de sus hombres en las barricadas democráticas; aquél que dió el primer paso hacia la justicia social de un pueblo que hoy lo siente con el abandono del hijo, con la tristeza de la mujer o con el desconsuelo del hombre que ve apagarse un fanal de ilusión y de esperanza.

Por eso el pueblo ha venido a verlo; a contemplar al luchador cansado que comienza a ascender a la cima de la inmortalidad; a conocer el camino y la distancia que van a separarlo de su calor y su palabra.

Por eso, el pueblo ha venido a llorarlo; a cubrirlo con lágrimas obreras que son lluvia de piedra y de trabajo; a cubrirlo con lágrimas de mujer que son llanto de madre y de fecundidad.

Por eso el pueblo ha venido a sentirlo porque se ha roto un puente en su destino, que le trajo tiempos de igualdad y de justicia. Porque él aprendió que era posible transformar en senderos de esperanza el doloroso peregrinar de los hombres por las rutas de la tierra.

Nuestro partido, señores Senadores, enluta en estos días sus pendones.

El Partido Socialista, que a veces combatiera al gran caudillo, y otras veces compartiera sus acciones, inclina reverente sus banderas y anhela que, siempre serena, nuestra historia le abra sus páginas de luz y lo juzgue. . . en sus yerros y en sus glorias.

He dicho».

El señor CRUZ COKE—. «Quien busque vivir de veras su recuerdo para aliviar este gran dolor de su ausencia, no podría ser exacto ni completo si no viniera a buscar a esta Sala del Senado jirones relucientes de su desvelo pa-

ra hacer noble nuestra convivencia y colocar a gran altura nuestros debates con exquisitez, naturalidad y señorío.

Aquí lo vemos todavía mirando persona por persona a toda la compañía como pasando lista, no sólo de presencias, sino también a los ánimos de cada uno. Rica personalidad la de nuestro gran Presidente, capaz de percibir todo el contenido de las marejadas instintivas de la masa, y, al mismo tiempo, el matiz más insignificante del menor de los deseos de sus conciudadanos.

Ahora que lo juzga el tiempo y la paz de las pasiones, agigantada su figura esculpida entre estos muros por cien gestos familiares en los que nos regalaba la tribuna más libre de América, su ausencia de granito nos pesa como montaña de plomo.

Don Arturo Alessandri Palma nació a la vida política chilena en una época en que su presencia iba a mostrarse indispensable para el pleno cumplimiento de nuestro destino histórico. Los instintos despertados por su verbo, los intereses que se jugaron en sus primeras espadas, los ideales que iluminaron su fervor, no fueron artificio provocado, sino realidad social densa y explosiva, que se abrió paso en nuestra vida colectiva por su intermedio y trasladada por él a estructuras en que pudieran manejarse para una acción eficaz, servidora de propósitos comunes.

De estas realizaciones, entregadas al pueblo para hacerlo persona, dos principalmente ilustran su camino de estadista y permitirán mañana salida a la constitución de una auténtica democracia: seguridad y posibilidades; murallas de previsión contra los riesgos esenciales; alas con qué darle a cada cual oportunidades en esa tercera dimensión de la democracia que es la justicia económica.

En esta gigante tarea cumplió con exactitud la doble función del político: adivinar las necesidades materiales y las exigencias espirituales del pueblo y proyectarlas en un plano de libertades en que pudieran ser cumplidas.

Su experiencia de estadista objetivo, pero a la vez idealista, le demostró que una democracia no puede ser auténtica si no es cristiana, donde los cánones no son consignas imperativas, sino principios y ejemplos directores respetuosos de las conciencias y de las personas.

El proletariado chileno, que buscaba una salida en la encerrada arena de su impotencia económica, encontró en él al jefe en quien podía confiar para hacerlo depositario de sus anhelos. Acumulados en el secreto de nuestros conventillos, en el silencio de nuestros campos, se vaciaron en él montones de fe que pagó con el oro de una nueva esperanza, tarea permanente de su vida.

Tenía el sentido del equilibrio necesario a la sustentación de la República. Sabía que la fuerza sin contrapeso crea, en los más virtuosos, espejismos peligrosos con relación al gozo ajeno, y que la libertad vive sin temor sólo en las estructuras jurídicas en que la oposición da sentido y dirección al poder que prevalece. Vivía en la plataforma de su conciencia la fórmula del maestro universitario: «Te quiero porque eras diferente». Como un tallador combate con la piedra que ha escogido amorosamente, la resistencia lo irritaba, pero la buscaba y la quería.

En su Constitución del año 25 organiza las posibilidades de tales equilibrios; se anticipa en ella a reajustar un Poder Ejecutivo que se había hecho inoperante ante la responsabilidad inconcreta de las Cámaras legislativas.

La vida de don Arturo Alessandri, mirada en su conjunto, está desprovista de azar. Ni un solo grado de lo que llamamos buena o mala suerte se interpone en su camino de útiles realizaciones nacionales. Cada vez que algún accidente exterior le sale al paso para marcarla, su personalidad lo asimila, lo transforma, le da sentido. La piedra se hace figura; el metal, instrumento; el asalto, promulgación de leyes detenidas; la sorda protesta del pueblo, energía creadora de una etapa esencial en el progreso de nuestra justicia distributiva. Ni un solo espacio para la casualidad en la vida de nuestro Presidente ido. Toda ella transformada en destino, trascendiendo su propia persona.

La experiencia de don Arturo Alessandri, en el dominio de las relaciones del Estado con el individuo, lo hizo comprender precozmente que una sociedad sana requiere a la vez un control centralizado y la libre iniciativa de grupos o individuos. Entre la anarquía por ausencia del primero y la inercia que resulta por cadencia de esta última, hizo evolucionar su política dentro de una línea de un justo equilibrio entre lo que debe corresponder al César y lo que pertenece a la persona para que haya estímulo y progreso verdadero.

De todas sus virtudes, una quema las manos de los calculadores: su tremenda capacidad de querer; de querer más allá de intenciones y de conveniencias, de querer para elevar la categoría del ser querido, amigo, compañero o colaborador. Dicho o celebrador del éxito ajeno, conquistado por las grandes cualidades, todas cabían en la arquitectura de su mundo.

Gustaba de veras apretar manos con olor a fresca madera o a trabajo reciente; mirarse en los ojos infantiles de los jornaleros; adivinar las quejas mudas de nuestras calladas y valerosas mujeres a la vera de vides o sembraduras en la hijuela perdida, o en el encierro del desván silencioso, dolorosa prisión de esperanzas populares.

Los hombres que como él quemaron su existencia en beneficio de ajena ventura, renacen en las producciones de otras vidas, siguen viviendo en los

actos de los que le siguen; componen con las frescas voluntades la dirección y la naturaleza de las nuevas creaciones.

Por eso, en la línea redentora de las angustias proletarias, junto a los afanes de quienes laboran por ensanchar el cauce de su justicia, hallarán siempre los chilenos la contribución principal de este Gran Capitán del pueblo.

Si tuvo un momento de lucidez cuando empezó a sentir heladas sus manos, debió dar gracias a Dios, por haber llenado así su vida, y dejado, después de su paso, más llena de bienes y apretada de esperanzas la vida chilena; vestida de más fortaleza y decoro toda la ciudadanía.

Que sea alivio para los suyos y los que lo quisieron la consideración del menguado prestigio en que yace la mezquina vestidura de la que descansa, despojado; ahora entero, hallado en lo que no muere y que sigue viviendo allá en región incorruptible, y acá donde nos queda lo mejor de su persona, el espíritu y la ley de sus actos, el germen de sus iniciativas, en que regala paz y reparte ventura.

Seguiremos despiertos; continuaremos el surco empezado, y pensaremos como el poeta que «Venas que humor a tanto fuego han dado —que médulas que han gloriosamente ardido— su cuerpo dejarán, no su cuidado». Su cuidado de seguir caminando al través de las conciencias de sus conciudadanos, y destilar en ellos, como las abejas en primavera, la miel de sus virtudes cívicas que les mande cumplir el mandamiento de amarse los unos a los otros, sin el cual la justicia se hace frágil y la libertad prisionera.

El Partido Conservador, celoso guardador de los ejemplos de los grandes chilenos, adolorido, saluda la partida de este gran señor de la política portador en su desempeño de las más altas claridades, seguro de que la Divinidad lo ha ya juzgado en la gran lumbre de amor que él repartió en su vida».

He dicho».

El señor LARRAIN—. «Señor Presidente:

El Partido Agrario Laborista, al cual represento, se asocia de todo corazón con sincero e íntimo dolor, al acto en que el país entero rinde espontáneo tributo de justicia y admiración a la labor y a la memoria de un hombre que desempeñó un papel de trascendencia única en la evolución política y social de la nación.

Pocos en la historia chilena han sido dotados por Dios de manera tan adecuada para el cumplimiento de su misión; de tan irresistible simpatía humana, de tan pronta sensibilidad, de tan agudo sentido de la psicología de su pueblo y de sus aspiraciones profundas y de tan ardorosa, fuerte y sencilla elocuencia, como para ser expresión de los corazones que buscaban una voz que interpretara su dolor y sus ansias de justicia.

No quiero recordar, señor Presidente, los incidentes de la vida política de don Arturo Alessandri; no son sino episodios de la misión fundamental que llevó a cabo entre nosotros.

Chile es un país con dos características sobresalientes, que lo distinguen entre todos los de América Hispana: una, es la de haber desenvuelto su existencia dentro de un marco de instituciones de derecho, y, la segunda, la de recoger, con anticipación a todas las demás naciones del Continente, el curso de los acontecimientos universales.

El gran mérito de don Arturo Alessandri consiste en haber sabido realizar una indispensable integración histórica, al mismo tiempo que mantenía y acentuaba las características que he señalado.

Una ola de profunda inquietud social estalló en el mundo en forma incontenible después de la primera guerra mundial, y nuestro país pareció precipitarse a uno de esos intervalos en que se juega la existencia misma de los pueblos.

Había una aspiración multitudinaria, informe aún, pero ya de claro sentido, hacia nuevas formas de organización social y política, que dieran satisfacción, por una parte a la angustia y al desamparo de las clases trabajadoras y por la otra, un medio de expresión a los hombres que con su esfuerzo estaban formando y constituían ya un Chile diferente al del siglo anterior.

Ese ardoroso anhelo entraba en pugna con las instituciones de derecho establecidas y amenazaba arrasarlas como un aluvión inatajable.

Alessandri no solamente supo ser la voz elocuente de la fuerza en crecimiento, sino que comprendió que había que canalizarla en nuevas instituciones para mantener la continuidad jurídica de la vida nacional. ¡Supo, así, ser revolucionario y conservador!

Esta superior tarea no sólo es altamente difícil, sino que, cuando es realizada con sentido de responsabilidad, resulta dura y amarga para quien la lleva a cabo. Pues el estadista, consciente de las proyecciones de su acción, siempre es mirado como conservador por los revolucionarios y como revolucionario por el criterio conservador, que no comprenden la paradoja de que toda sociedad perecería fatalmente si no se provocase su transformación de acuerdo con las necesidades históricas.

Las incompreensiones que de modo inevitable salen al paso del estadista, que actúa con tan elevado sentido de su misión, fueron doblemente difíciles de vencer para don Arturo Alessandri. Hombre de gran corazón, ansioso de cordialidad y simpatía, que predicó con la palabra y el ejemplo al amor y a la tolerancia, era por otra parte, hombre de lucha, impulsivo, de arrebatados entusiasmos y fuertes pasiones, que, a veces, lo llevaban a reaccionar con

vehemencia, sobre todo cuando se le hería en sus afectos o en la fuerza sentimental que infundía a sus ideas.

Resulta así, casi paradójico que, en tales circunstancias y con su temperamento, don Arturo Alessandri haya sabido siempre mantener la ecuanimidad necesaria para el cumplimiento de los objetivos fundamentales de su vida política.

Todo esto explica, señor Presidente, que la larga actuación de don Arturo Alessandri, que llena medio siglo de nuestra vida nacional, haya sido objeto de juicios tan contradictorios. Hay hombres que solamente deben ser juzgados a la luz de la historia, que es ajena a los odios y afectos apasionados que suscitan.

Yo he querido olvidar, señor Presidente, el profundo cariño y la admiración que he sentido por don Arturo Alessandri, porque su muerte en estos momentos no debe ser sólo ocasión de justificado dolor y congoja, sino fuente de graves reflexiones, pues su vida es una enseñanza que debe ser meditada por los dirigentes políticos para el bien de esta patria que el amó y sirvió hasta su último instante.

Presento al Partido Liberal las condolencias del Partido Agrario Laborista, por la pérdida del ilustre hombre de Estado que guió a nuestra patria con su genio político; y a su distinguida y ejemplar familia quiero manifestar que su dolor es el nuestro propio, así como es también el dolor de una nación.

He dicho».

El señor TOMIC.—«Señor Presidente: Kempis ha escrito que los hombres pasan sobre la tierra «como las naves, como las nubes, como las sombras». Mientras duran sus breves días, trabajan y luchan; aman y odian; Sufren y sueñan! . . . ¡Y saben que están muriendo y querrían no morir. . . ! No se engañan más allá de su muerte, el mundo no tendrá para ellos sino el tesoro de algunas lágrimas. Pocos años más tarde, sobre todo aquello para lo cual vivieron, se hará el silencio y vendrá el olvido. Parecerá que morirán de nuevo, y esta vez irreparablemente. Su leve huella habrá pasado fugaz, imperceptible, «como las naves, como las nubes, como las sombras».

¡Así pasan los hombres. . . ! ¡Pero no «todos» los hombres!

Alessandri no ha de pasar así.

Miembro integrante de la misteriosa cofradía de la grandeza humana, es suyo también el privilegio de la supervivencia terrenal. La Muerte, que al tocar a los demás los desvanece sin ruido en el aire transparente, cuando señala a estos elegidos fija para siempre lo que la Vida misma podía hacer en ellos mutable y transitorio: sus rasgos, en el bronce; sus hechos en la historia; su recuerdo, en los vastos límites del corazón de un pueblo entero.

Tal vez por eso el tiempo de la tristeza es breve cuando mueren los grandes de este mundo. Mientras vivían, pasaban; cuando han muerto, permanecen.

En esta tarde solemne, yo me acerco a Alessandri, con asombro y reverencia. No intentaré medir los hombros del gigante; ni perseguir los giros de su pensamiento; ni penetrar en las consecuencias de su presencia, allá en la oscura profundidad en que nuestro Chile hunde las raíces de su ser nacional, forma su historia, y enlaza, en sucesión inacabable, el pasado con el porvenir.

Habrá tiempo para hacerlo. ¡Un largo tiempo, en verdad!... Por generaciones, los chilenos analizarán la huella de Alessandri en el acontecer de la vida patria.

Pero toda la prodigiosa riqueza de esta dilatada vida puede ser simbolizada —creo yo— en tres signos, que penetran y traspasan de largo a largo sus tumultuosos ochenta años: el amor y la confianza en el pueblo; la violenta defensa de la libertad y de la eficacia creadora de la ley; el culto de la paz y la concordia internacionales, junto a una madura ansiedad por la unificación latinoamericana.

Es un programa simple, como tienen que serlo todas las verdades sustantivas y elementales, que son las únicas sobre las cuales puede construirse útilmente el destino de un pueblo.

Señores: lo sorprendente en la obra de Alessandri no es la formulación de este programa, sino la formidable eficacia con que lo sirvió y realizó en las variadas circunstancias de su prolongada existencia. Y si en el juicio de la historia sobre políticos y estadistas poco o nada pesan las intenciones que quedaron en meras intenciones, y vale todo, en cambio, su capacidad para darles vida palpitante en la realidad del pueblo en que han actuado, yo saludo en Alessandri a uno de los más hábiles políticos y a uno de los más grandes estadistas, no solamente de Chile, sino de toda América.

¡El pueblo!... ¡La masa dolorida de los pobres!... ¡La lenta sucesión de duros días iguales, sin esperanzas de cambio, sin alegrías puras, atenazados por la miseria y la inseguridad!... ¡Gastadas sus mujeres a los veinticinco años; tristes y desnutridos, sus hijos desnudos y feos de suciedad; sus hogares, conventillos o chozas, en promiscuidad infame y degradante!... ¡Qué hacer?... ¡Qué aguda se hace entonces la mirada para apreciar los contrastes, las desigualdades, las diferencias! ¡Y cómo se llena de preguntas el alma de los pobres; pero, sobre todo, cómo se hace pesado de rencor el corazón!...

En la obscura entraña del proletariado, industrial y salitrero, la rebelión, alimentada por la desesperación, corría el alma de decenas de miles de los mejores hombres del pueblo chileno y preparaba el advenimiento de la revolución.

Al otro lado del mundo, más allá de los confines de Europa, en los límites del Asia, ardía una extraña fascinante y roja llamarada que prometía a los pobres la revancha. Y el «rojo fantasma» que predijera Engels, recorría la vasta amplitud del mundo.

Antes de 1920, en más de una ocasión, la dinamita había prestado su ronca voz al pueblo chileno embravecido, y las ametralladoras y los fusiles ya habían segado a miles de sus hijos para imponer la ley.

La tensión crecía. El país se desgajaba en estratas enemigas, y una porción, cada día mayor, se sentía ajena al destino nacional y prisionera de fórmulas y principios que parecían servir solamente de ventaja al adversario. La juventud universitaria, los cuadros modestos de la clase media, se sentían cada vez más atraídos a las filas de la protesta y la revolución.

¡Entonces llegó Alessandri...!

Yo lo he visto y no podré olvidarlo jamás. Cierro los ojos y vuelvo a revivir la escena impresionante, inenarrable, del encuentro providencial de un pueblo cargado de vitalidad y fuerza, como el nuestro, con el hombre del destino: Alessandri. ¡1920! Alessandri llega a Antofagasta. La ciudad se estremece hasta sus cimientos con el grito incesante, frenético, de la multitud. Miles, decenas de miles de hombres y de mujeres que lo esperan, se lanzan, rompen los cordones de la fuerza pública, arrollan a la tropa montada, se precipitan los unos sobre los otros hasta formar una sola monstruosa masa humana que llena la calle de uno al otro extremo, que oprime los muros, derriba postes y faroles... , y avanza, avanza, avanza, con la extraña y terrible torpeza de un fenómeno telúrico, repitiendo hipnotizada un solo grito, mecánico y monótono, que atruena la ciudad, se quiebra en los ásperos cerros que la circundan, se alza hasta el cielo y se pierde en la lejanía del mar: ¡Alessandri...! ¡Alessandri...! ¡Alessandri...!

¡Chile estaba salvado! En una hora crítica y preñada de peligros, Dios quiso enviarnos al hombre capaz de devolver al pueblo la esperanza, y de hacerlo sentirse de nuevo incorporado al sentido unitario y nacional de su destino.

¡Bendito sea aquél que quiso y supo hacer romper el alba entre la oscura torva y helada noche de los pobres!

Ya otros han recordado con penetrante elocuencia cómo supo Alessandri perfeccionar nuestra democracia con la reforma constitucional; hacer eficaces las estructuras del Estado mediante innovaciones fundamentales en el plano de la seguridad social, de la organización institucional, del régimen financiero y monetario, de la renovación de los cuadros dirigentes de la vida nacional. ¡Quiso y supo hacer que la democracia y la libertad expresaran en Chile posibilidades y oportunidades verdaderas y no meros formalismos vacíos de contenido vital!

Y cualquiera que sea el tiempo que transcurra, no podrá tampoco ser olvidado el aporte de Alessandri en el orden internacional, para la seguridad de Chile y para la unificación de América. En este denso campo de los intereses chilenos y americanos, la siembra y la cosecha de Alessandri bastarían para justificar su paso por nuestra historia.

Pero debo terminar este homenaje, que rindo a nombre de la Falange Nacional, al gran chileno que nos distinguió siempre, desde nuestra primera hora, y en no pocas circunstancias difíciles de nuestra áspera vida, con su afecto, su simpatía y su aliento.

Yo me alegro de que el Gobierno y el Senado hayan hecho posible que este homenaje sea irradiado a todo el país. Si nos perteneció a todos los chilenos y su vida seguirá pesando sobre todos nosotros, está bien que, en esta hora suprema, no nos baste la alta cúpula del Palacio del Congreso, sino que necesitemos sentirnos unidos a la variada comunidad de la patria.

Quieto ha de estar el aire en los valles encerrados y tropicales de Arica, y el viento de la pampa seguramente arremolina el humo de las altas chimeneas sobre la desolación de Chuquicamata. Bajo un cielo de fuego, pronto se esconderá la tarde en los valles transversales del Norte Chico, y las nubes de estaño que amenazan a Santiago, quizá cubran una vasta extensión del Chile medio. Tal vez llueve en Valdivia, tal vez cae la nieve en las soledades magallánicas. Suavemente, ya descende la noche sobre Chile. Y en todas partes, junto al embate del mar; junto al ulular del viento próximo a la cordillera; junto al reventar mojado y generoso de la tierra que saluda a la primavera con la voz de los pájaros y el leve batir de los tallos; junto al vaivén agitado de pueblos y ciudades; junto a la soledad inmensa del desierto, de la montaña o del hielo austral, hay chilenos que escuchan estas palabras y piensan y recuerdan a aquél por quien se dicen.

Prestadme vuestra voz, hermanos nuestros. Y dejadme decir esta tarde en vuestro nombre que el gran chileno que acaba de morir para los días del tiempo, acaba de nacer para los de la eternidad.

Y el nombre, que ahora salta de ola en ola, de cumbre en cumbre, de pueblo en pueblo; mañana, por muchas generaciones, pasará de padre a hijo: ¡Alessandri!

He dicho».

El señor LAFERTTE.— Honorable Senado:

«Deseo, en nombre de los senadores que nos sentamos en estos bancos y del Partido Comunista, rendir homenaje al ex Presidente don Arturo Alessandri Palma, que hasta ayer dirigía los debates de esta Corporación con gran espíritu de ecuanimidad.

La circunstancia de pertenecer a una clase social diferente y de tener una ideología diversa de la del señor Alessandri, no es óbice para manifestar

el pesar que nos ha causado su muerte y el reconocimiento de todo cuanto en él y en su larga vida ciudadana había de positivo, de progresista y de patriótico.

A don Arturo Alessandri Palma le correspondió actuar en una etapa difícil y agitada, que cubre más de medio siglo de la historia de Chile. Su grandeza reside en haber sabido, en un momento dado, escuchar el clamor de nuestro pueblo ávido de justicia. Ahí está la clave de su inmortalidad. Los que abren al pueblo su corazón y su conciencia, los que dejan una obra o en los hechos hacen algo a su favor, se ganan el cariño y el respeto popular. Pero, a la inversa, los que no se preocupan sino de ahondar la opresión y la miseria del pueblo, serán relegados al olvido o sus nombres quedarán grabados para el desprecio de la posteridad.

El señor Alessandri supo hacerse eco de las inquietudes del pueblo en un momento excepcional: cuando, a poco de terminar la primera guerra, una profunda crisis económica daba origen a una inmensa efervescencia social.

Ya en aquella época había emergido otro hombre singular: Luis Emilio Recabarren. Los trabajadores se agrupaban en la Federación Obrera de Chile y contaban ya con su partido de clase. Los obreros adquirían conciencia de las causas de su miseria, y con fe en sus propias fuerzas, se lanzaban a la conquista de sus demandas y derechos. Pero este despertar, como era natural, no alcanzaba a todas las capas de la población. Otros sectores populares, incluso parte de la clase obrera, fueron también sacudidos por las inquietudes y luchas sociales, pero no alcanzaron a ver su salida y su camino en su propia organización, en su propia fuerza, en su propio batallar. Estos sectores tenían necesidad de un caudillo, para salir más tarde de esta etapa primaria por su propia experiencia.

El señor Alessandri fué caudillo. Venía de otra clase, del seno de la burguesía chilena o, mejor dicho, del sector aquel de nuestra burguesía que a veces comprende la necesidad de reconocer a los trabajadores siquiera una parte de sus derechos y de hacer frente a las fuerzas que entraban el desarrollo progresista del país. Fué lo que hizo el señor Alessandri en medio de la oposición de quienes, desde las trincheras de la ultrarreacción, lo tildaron de «agitador social».

Empezó, entonces, una nueva época en la política chilena, cuya característica esencial la constituye la participación activa y creciente del pueblo en los rumbos de la nación. Las clases dominantes y los propios sectores burgueses que contribuyeron a este despertar, vieron un peligro en la irrupción popular a la vida ciudadana. Y presionaron, no sin éxito, para que se atacara a los trabajadores. Sucumbieron, entonces, hechos que, sin descartar las responsabilidades individuales, han pasado a la cuenta de las castas tra-

dicionalmente enemigas del pueblo y del avance social, los que, por este motivo, no se olvidan ni se olvidarán.

Pese a ello, las luchas de los trabajadores dieron sus frutos. Se conquistó la jornada de ocho horas, y, aunque en forma parcial, otros derechos sociales, como el de organización y huelga. Tales conquistas están también ligadas a la vida política de don Arturo Alessandri Palma y eran para él lo máspreciado de su larga actividad en la vida pública. De ahí que, comprendiendo que todo aquello era liquidado y menoscabado por leyes liberticidas, lo vimos, más de una vez, disgustado expresar su oposición a ciertos excesos del poder.

No es del caso hacer la historia de la vida política del señor Alessandri, ligada a medio siglo de la vida nacional. Pero es mi deber destacar, en su homenaje, la cordialidad en sus relaciones con todos los senadores y su defensa de los fueros del Parlamento y de sus miembros, como en el caso de Pablo Neruda, que, al decir suyo, tenía a honra defender de la arbitrariedad y la persecución despiadada. Acostumbrados a juzgar a los hombres por lo que hacen en el presente, más que por lo que hicieron ayer, apreciamos en todo lo que vale esta conducta del señor Alessandri.

Quiero destacar también el hecho — hoy determinante en la apreciación de cada hombre — de que don Arturo Alessandri murió fiel a la idea suprema de la paz. A la inversa de aquellos que, en estos mismos días, predicán una «guerra preventiva», don Arturo Alessandri estaba por el entendimiento y la amistad entre todos los países. Y al efecto, no fueron pocos sus esfuerzos por lograr, al menos, la hermandad entre las naciones latino-americanas, a las que soñaba ver unidas contra la dominación económica extranjera y con potente y propia voz en la política internacional.

Rindo sentido homenaje a su memoria e invito al Honorable Senado recoger su mejor herencia, que fué su lucha por el derecho social y el reinado de la paz entre todos los pueblos de la tierra.

He dicho».

El señor MARTINEZ MONTT.— «Señor Presidente; Honorable Senado:

La ciudadanía, que vive consagrada al culto de la democracia, no podrá jamás reponerse del rudo golpe recibido con el sensible fallecimiento de don Arturo Alessandri Palma.

La belleza del lenguaje o el énfasis que se ponga en cada frase, resultarán inexpresivos a la postre, cuando se quiera enaltecer su nombre, porque era demasiado grande don Arturo. Tenía fuego sacro en su espíritu e irradiaba luz bienhechora en la ruta de los pueblos. El Partido Democrático de Chile siente angustia en el alma ante su deceso. Nos sentimos sus deudos inmediatos, porque hizo suyos, sin ser nuestros, los postulados de Malaquías

Concha; porque tomó bajo su alero protector la causa de la emancipación de los trabajadores; porque derramó en el surco generoso del pueblo chileno, la semilla de la democracia, y porque ostentamos, junto a nuestras escarape-las doctrinales, el orgullo de habernos sentido co-idearios de él.

Grandes batallas libró a la sombra de los rojos estandartes del Partido Democrático. Nos electrizó con su elocuencia; nos guió con su talento y también nos amó con su alma generosa. ¡Fué en las grandes convulsiones nuestro caudillo máximo! De ahí que haya luto y dolor en nuestra casa y en nuestros corazones. Demostramos lealtad y desinterés cuando tuvimos ocasión de apoyar su política gubernativa; y un sentido altamente patriótico y constructivo, cuando nos tocó fiscalizar sus actos. ¡No podía haber odio hacia un hombre que sólo amaba y hacía el bien!

Arturo Alessandri Palma tiene ya un monumento en el corazón de todos los democráticos de Chile, y cuando su traducción material se levante en los verdes prados de las más bellas ciudades del país, allí iremos a ofrendarle, como ante su tumba, el homenaje del reconocimiento y la gratitud de los soldados de una causa que se confundió con sus sentimientos. Recurrimos a la generosa hidalguía de este gran pueblo, para que nos permitan llamar demócrata de extracción a tan ilustre ciudadano. Y al sentirlo en espíritu inspirando el futuro de nuestra causa y agitando nuestras banderas de combate, rendimos, desde la más alta Tribuna de la República, el justo homenaje que se merece y nuestra eterna gratitud, porque siempre viviremos reconfortados por su alma inextinguible.

El Partido Democrático de Chile proclama de pie, en estos momentos solemnes, los tres nombres más ilustres que ha irradiado nuestro cielo: O'Higgins, Balmaceda, Alessandri.

He dicho, señores».

El señor WALKER (Ministro de Relaciones Exteriores).—«Señor Presidente, señores senadores:

En el duelo que aflige al país, el Poder Ejecutivo ha expresado toda la hondura de su sentir por la voz del Primer Magistrado de la República.

Esta circunstancia aconsejaría o permitiría a los Ministros de Estado aquí presentes, guardar silencio en esta memorable sesión, para no restar autoridad y relieve al homenaje gubernativo de anteayer. Pero no podemos olvidar, dentro de las relaciones que deben unir a los poderes públicos, que la desgracia nacional ha golpeado, en este caso, especialmente al Senado, al arrancar de su sillón presidencial al parlamentario ilustre que hasta ayer dirigiera con espíritu afable y tonalidades paternales, los debates de esta alta Corporación. El Gobierno comparte, pues, el dolor del Honorable Senado, y se asocia al tributo cívico de gratitud que, en estos momentos, se rinde a Don Arturo Alessandri Palma.

No son necesarias las palabras para reseñar la dilatada acción pública de Alessandri, porque ya lo hizo al sepultarse sus restos, en forma más elocuente, el gemido de todo un pueblo, porque en este caso no ha sido necesario allegar los materiales que sirven para preparar el juicio histórico, pues el veredicto ha sido dado con voz arrolladora e inapelable para la voluntad de las diversas fuerzas cívicas, de la manera en que se resolvían los plebiscitos de Atenas.

No es que la opinión pública hubiese adherido al ilustre luchador en todos sus actos o en todas las etapas de su larga vida. Jamás el favor popular es incondicional y permanente. Se trata de que, cuando una democracia alcanza su plena madurez como la nuestra, no necesita, para conferir su galardón a quienes la sirven, atender a actitudes pasajeras y contingentes, sino a las virtudes cívicas y morales que configuran la personalidad del hombre público y a sus obras notables en bien del país.

Los chilenos sabían, cualesquiera que fuesen sus filiaciones políticas, que Alessandri ya acertara o ya errara, era un hombre dotado, aparte sus admirables facultades intelectuales, de las características que más deben ser apreciadas en el servidor público. Sabían que despreciaba sin piedad los bienes materiales en aras de su consagración de todo momento y de toda una vida al servicio del país. Sabían que, por espíritu cívico, apuró cien veces el cáliz amargo de la incomprensión y la injusticia, alimento cotidiano de todo luchador de la arena política. Sabían que no acostumbraba navegar en aguas tranquilas; que no temía, sino que buscaba las situaciones definidas, y que no vacilaba en enfrentarse a las olas embravecidas que se levantan en días de tempestad. Sabían también los chilenos, amigos y adversarios, que acaban de dar su veredicto, que era hombre dotado de profunda sensibilidad social y que este rasgo característico imprimió una huella imborrable en su fecunda labor de Jefe del Estado y de Parlamentario.

En la historia de la evolución humana chilena, don Arturo Alessandri figurará como un reformador político y social con rara visión del porvenir.

El supo captar justos anhelos de conquistas sociales, encauzarlos y darles expresión y vida en la ley.

No sólo hizo así un inmenso servicio a las clases que trabajan. Escribió al mismo tiempo una de las mejores páginas de su vida pública y de nuestra legislación, que todos los ciudadanos que sienten y piensan deben agradecerle como obra de previsión patriótica y de fraternidad cristiana.

No es la oportunidad de determinar si el régimen de gobierno no instituido en la reforma constitucional de 1925 es el que más conviene a nuestros hábitos y al mejor funcionamiento de nuestra democracia.

Pero aún los que no tememos los males del régimen parlamentario, debidamente reglamentado, podemos aplaudir la obra de Alessandri al ex-

tirpar los vicios y excesos del sistema político que existió hasta hace 25 años, que esterilizó la acción parlamentaria y anuló la autoridad del Ejecutivo.

En la obra del reformador social y del reformador político domina un propósito fundamental que lo honra y que debe ser señalado por su influencia educadora.

A Alessandri se le presentaron oportunidades de realizar sus aspiraciones de gobernante fuera del marco de la ley institucional. Pero supo menospreciar espejismos falaces y ser un demócrata.

Consideró, con razón, que todo progreso es posible; que toda reforma, por trascendental que sea, es realizable; que en toda lucha cívica puede vencerse, sin apartarse del imperio de la ley, que es escudo y fuerza para gobernantes y gobernados y suprema norma de convivencia social.

La tarde de su vida discurrió en este Senado.

Aunque parezca paradójico, el fogoso luchador de más de medio siglo fué, en esta Sala, un elemento de moderación y de concordia.

Es que no se contraponía, en su carácter, el ardor en el servicio de sus convicciones con la elevación de miras para buscar soluciones armónicas de interés general.

Es que a medida que avanzó en años se elevó en altura.

Es que en el luchador había también un político de vista amplia, proyectada en el futuro, como lo había revelado en su acción gubernativa.

Entre el Congreso y La Moneda se movió la personalidad original y, como pocas, vigorosa del señor Alessandri.

Aquí resuena aún el eco de su voz encendida y elocuente. Allá queda la realización más palpable de sus inquietudes y aspiraciones de justicia y de engrandecimiento nacional.

Ambas actividades, la del parlamentario y la del gobernante, formarán las dos columnas del monumento que Chile agradecido erigirá a su memoria.

El señor AMUNATEGUI—. «Señor Presidente:

Los senadores liberales me han designado para que, en su nombre, me asocie al homenaje que rinde en estos momentos la corporación a la memoria del primer hombre de nuestro partido, de la más preclara figura de esta Alta Cámara, del más ilustre de los chilenos del presente siglo, don Arturo Alessandri Palma.

Si yo siguiera la usanza tradicional, mis primeras palabras deberían expresar el hondo agradecimiento de los ocupantes de estos bancos hacia todos nuestros colegas que, en forma tan conmovedora y elocuente, han hecho el elogio del insigne desaparecido. Pero comprendo que, en esta ocasión, no sería propio hacerlo. Aunque lo sentíamos muy nuestro, y nosotros muy suyos, su personalidad era demasiado grande para que pudiese quedar encerrada dentro de los márgenes de una colectividad política. Unimos, por

consiguiente, en un instante único de comunión espiritual, el dolor que nos embarga a la emoción que por igual afecta a todos los sectores del Senado de la República, y nos inclinamos respetuosos frente a aquel alto sillón vacío, en reverencia a la memoria del Presidente inolvidable.

En los últimos días, y desde el infausto instante en que nos hirió de súbito el rayo cruel de la mala noticia, el reconocimiento de todo un pueblo y la admiración de un continente entero se han exteriorizado en múltiples y varias formas. Los oradores más destacados, los escritores más selectos, ocuparon ya elevadas tribunas o llenaron las columnas de la prensa o difundieron por el aire sus ideas, unidos por el propósito, que supieron realizar con singular esmero, de hacer el magnífico elogio del estadista que se iba. Nunca hubo antes, en este país, tan unánime explosión de sentimiento emocionado en memoria de un hombre; jamás se pidió tan pronto que sus rasgos quedaran para siempre esculpidos en el bronce inmortal. La presente reunión del Senado, henchida de tristeza y de elocuencia, pone un broche precioso a esa cadena de actos y de palabras de recordación y de justicia.

Y, por eso, mi voz, aunque prestigiada por la alta representación que ella inviste, resultaría demasiado débil para agregar nada que estuviese a la altura de tantas y tan bellas palabras que se dijeron o que se escribieron, si no fuera porque, a pesar de su modestia ante la grandeza del homenaje, ella tiene un acento especial que no puede ser igualado en este caso. Quiso el destino generoso que yo recibiera de don Arturo Alessandri el afecto de un padre, hondo, constante, jamás alterado por la más leve trizadura; quiso, también, mi suerte, que yo pudiera corresponderle con la lealtad, la devoción y la ternura de un hijo.

Es, pues, una voz filial la que se alza desde aquí, desde estos asientos que también ocupan quienes llevan con brillo el mismo nombre esclarecido, la misma sangre generosa del Presidente Alessandri no para pronunciar un discurso, que yo encontraría frío, aunque mis labios poseyeran la más arrebatadora elocuencia, sino para procurar dedicarle, a través de mi emoción, las palabras de cariño que yo sé que a él le habrá gustado escucharme.

Lo evoco ahora, y me parece verlo, tal cual acontece sin duda a todo el que se halla en esta sala, inclinado sobre la mesa, a la vez sereno e inquieto, con sus ojos azules que sabían penetrar tan hondamente en las almas, con el gesto genuino de sus ágiles manos, con la sonrisa bondadosa con que calmaba nuestras impacencias, mientras dirigía el debate, de ingeniosa manera, y sin que las exigencias reglamentarias coartaran ni por un instante sus impulsos profundamente humanos y sinceros. Y, al terminar las sesiones, largas sesiones muchas veces, que podían fatigar su cuerpo, pero nunca su espíritu, bajaba hasta nosotros e iba de uno a otro corrillo para animarlos con

sus dichos agudos y con las chispeantes anécdotas, que extraía de su vasta experiencia de riqueza incomparable.

Desde sus mocedades, había sido un gran triunfador, pero conocía el valor efímero de los aplausos y de los halagos humanos. «Todas las grandezas, éxitos y vanidades» —me escribió un día— «son apenas fuegos pasajeros que alumbran un breve instante para perderse en la nada o desaparecer convertidos en humo». Su alma no sabía conservar la amargura; creía con firmeza en que la justicia termina siempre por imponer sus dictados; estaba cierto de que nunca mueren las verdaderas fuerzas del espíritu.

Hace ya mucho tiempo, en una lejana campaña electoral, tal vez la primera en que tomé parte en seguimiento de Alessandri, comparé su recia personalidad con la fuerza del mar. Me parecía verlo, al igual que un profundo océano de infinitas y misteriosas reacciones, lanzar violentas olas al asalto de las duras rocas de la incomprensión, de la injusticia y de los prejuicios. Pasados ya los años, esas aguas tempestuosas que fascinaron mi juventud, ensanchadas sus orillas a su embate repetido, supieron adquirir la magnífica serenidad del mar que podemos contemplar desde nuestras playas cuando lo ilumina el sol de la tarde.

Alguien ha escrito que el progreso de la humanidad se realiza gracias a los esfuerzos alternados de los movimientos de las masas que, encabezadas por caudillos, destruyen, y de los espíritus de selección que aparecen para construir cuando ya aquéllas han terminado su tarea. Hemos visto, una y otra vez, la comprobación de este aserto a través de la historia.

Quiso, sin embargo el sorprendente destino del señor Alessandri, que él mismo pudiera desempeñar consecutivamente ambas funciones: animador de multitudes, las utilizó para dar término a las ideas y costumbres del siglo XIX que, sin prestar atención a inquietantes advertencias, se arrastraron perezosamente entre nosotros hasta que el torrente de 1920 las barrió; estadista, más tarde, de amplias concepciones, supo dar satisfacción por medio de sus mandatos presidenciales a las mayores aspiraciones nacionales. Así, gracias a él, Chile franqueó sin daño un peligroso paso y continuó su avance hacia las llanuras prometedoras del porvenir.

En los últimos tiempos, los que profesábamos a don Arturo Alessandri entrañable cariño, notábamos que algo que no podíamos precisar cambiaba día a día su firme personalidad. Parecía como que su espíritu sensible hubiese percibido un llamado misterioso y que, ante esa advertencia, deseaba volver la vista hacia el largo camino recorrido y contemplar, con amor y con orgullo, la vasta obra de sus creaciones. Cinco días antes de su muerte nos acompañó a festejar el aniversario del Banco Central, que él había fundado hace un cuarto de siglo; y, rodeado del cariño y del respeto de todos, nos habló largamente, como en son de perpetua despedida. Pocas horas después,

en la inauguración de una obra internacional, reafirmó con energía su fe en sus inmutables principios de solidaridad entre los pueblos.

Se distraía ahora, en realizar largos paseos solitarios y se iba por las calle, reconcentrando en su inmenso mundo interior, tan poblado de seres y de cosas que desaparecieron, pero que él se esforzaba en mantener en la vida del espíritu, mientras en sus oídos resonaban sin duda los ecos de los aplausos y de las vociferaciones del pasado, de las apasionadas discusiones y de las voces amadas al través de tantos años, en que desparramó en torno suyo, sin medida, los tesoros inagotables de sus ternuras y de sus afectos.

Tenía ya la inquietud del que debe acudir a una severa cita inaplazable y se apresuraba en poner en orden sus papeles, sus pensamientos, sus recuerdos. Y, en su marcha rápida por las avenidas de los parques, al advertir en las flores y en los brotes los primeros anuncios de la primavera que venía, pensaba con certeza que tal como nuevos pétalos se abrirían al sol y otros frutos madurarían bajo su caricia, en los días largos y cálidos de un verano demasiado distante para su fatigado corazón, también los acontecimientos y los hombres harían germinar más tarde muchas ideas que, a semejanza del buen labrador, él había sembrado, cual preciosas simientes, en hondos surcos para obtener así, en abundancia, la cosecha apetecida.

Lo vi por vez postrera al término de nuestra última sesión. Quería como siempre, marchar, y se alegó calle abajo, en medio de la sutil neblina que cual un presentimiento, dió pronto contornos grises a la familiar silueta tan querida, la aprisionó entre sus finas mallas y concluyó por borrarla de mis ojos que la amaban.

Tal como seguí siempre en sus campañas tumultuosas a don Arturo Alessandri, lo he acompañado con acostumbrada fidelidad en estos días de duelo, en su última jira silenciosa.

Fuimos, como antes, a buscarlo hasta su casa, sobria y modesta, de conmovedora y espartana sencillez material, pero tan rica de valiosas memorias y recuerdos. Ahí lo vi a menudo estrechado por los ardientes partidarios; también lo encontré alguna vez en una pieza solitaria, hasta la cual sólo alcanzaba el afecto de sus hijos y de unos pocos y leales amigos. Alzas y caídas, inquietudes y triunfos, bullicios y quietud, ilusiones, decepciones, todos los azares de la portentosa carrera parecieron quedar marcados para siempre en los objetos y en los muros.

En pos del jefe indiscutido, ahora yerto, sosegado y en paz, seguimos hasta el Palacio de La Moneda, desde donde él presidió, durante once años, los destinos de Chile y supo defender con entereza la estabilidad de nuestras instituciones republicanas. Y de ahí llegamos hasta este Congreso, que él hizo vibrar con arrestos de tribuno, al cual acudió para rendir cuenta de sus

actos de Mandatario y cuyas deliberaciones dirigió hasta ayer, con sabiduría, en esta sala.

Entramos después en el severo templo a donde se acercó tantas veces a dar gracias a la Providencia durante los largos años de sus dos Gobiernos. Y salimos, por fin, a terminar la jira sin regreso, a través de las calles en que se apretaba en densas filas la multitud, su indispensable multitud que, respetuosa y en silencio, quería ver pasar por la última vez al hombre que ella había elevado o descendido, a impulsos de su inconstante y humano vaivén, pero para cuyo recuerdo siempre supo guardar un rincón de privilegio en el fondo de su alma agradecida.

Llegado ya a su última morada de blancas paredes de mármol, el Presidente Alessandri, inmóvil por la eternidad su incomparable corazón, recibe ahora el fallo justiciero que, por rara y preciosa excepción, la historia no ha aguardado los años, ni siquiera los días, para darle.

Hay, en estos instantes, un inmenso vacío en la Sala de nuestras deliberaciones.

Pero los días pasan y forman semanas y meses en el incesante transcurso de la cadena infinita del tiempo.

Otro hombre destacado ocupará el alto sitio de la Presidencia del Senado. Algún eminente ciudadano nos traerá hasta aquí la nueva representación de la provincia de Santiago.

Podrá parecer que el olvido inevitable empieza a tejer sus mallas finas y grises en torno de la egregia figura de don Arturo Alessandri.

Pero, de súbito, en el curso de un debate apasionado, en el medio de una vigorosa discusión, llegará hasta nosotros un soplo venido de lejos, una tenue y querida voz distante que se hará oír en los espíritus para darles apaciguamiento y cordura, y para señalarnos a todos, como antes, la senda verdadera de la comprensión y de la justicia.

En algún momento de extravío colectivo, podrán vacilar los muros sagrados de nuestras instituciones fundamentales. Mas, al recuerdo del ejemplo venerado, ha de reaccionar el alma nacional para sortear con bien el trance peligroso.

Así, a lo largo de esta patria que él amó con pasión no superada, la memoria del ciudadano benemérito proyectará a cada instante su inmensa sombra, protectora y benéfica, para servir a los chilenos de guía y estímulo, de meta y de consuelo, de severa lección, honda y humana, que han de aprender con recogimiento fervoroso las generaciones que vendrán.

Y esa será la gloria de don Arturo.

He dicho».

El señor MAZA.—«Señor Presidente:

Los diferentes partidos políticos del Senado me han autorizado para que en este instante, presente, firmada por los representantes de todos ellos, la siguiente moción:

«Honorable Senado:

En la opinión pública ha brotado, espontáneo e irresistible, el anhelo de que se autorice a la brevedad posible la erección de un monumento que perpetúe su admiración hacia don Arturo Alessandri, que fué Presidente por dos veces de la República y que falleció como Presidente de esta Honorable Corporación.

Consideramos que este deseo, que es unánime en el pueblo, debe encontrar, también, unánime acogida en el Senado, y, por eso, borrando fronteras doctrinarias y aunando en una sola la voluntad general, suscribimos esta moción.

Así como el señor Alessandri no aceptó jamás cargo alguno que no emanara de la autoridad nacional o popular que pudiera legítimamente otorgarlo, tampoco aceptó jamás que se le confirieran honores de los que la tradición y la historia reservan sólo a los que la posteridad reconoce como merecedores de ellos.

Ha llegado el momento histórico en que la voluntad soberana de la Nación debe reconocérselos y, por eso, presentamos a vuestra consideración, el siguiente proyecto de ley:

«Artículo único. Autorízase la erección en Santiago de un monumento a don Arturo Alessandri, costeadó por subscripción popular.

En adelante, la calle de Estado, de la misma ciudad, se denominará calle Arturo Alessandri».

Santiago, agosto 29 de 1950.

Firman los Honorables señores, Ladislao Errázuriz, Joaquín Prieto Concha, Manuel Muñoz Cornejo, Raúl Rettig, Elías Lafertte, Jaime Larraín, Salvador Allende, Eduardo Frei y Julio Martínez Montt y el que habla.

Pido al señor Presidente, en nombre de los Senadores firmantes, que representan la unanimitad del Senado, se sirva consultar a la Sala con el objeto de considerar que se ha dado cuenta de este proyecto en la presente sesión para eximirle del trámite de Comisión y para despacharlo de inmediato.

El señor CORREA (Presidente).—Solicito el asentimiento del Senado para declarar incorporado a la Cuenta de la presente sesión y eximir del trámite de Comisión, el proyecto a que se ha referido el Honorable señor Maza.

Si no hay oposición, así quedará acordado.

Acordado.

Solicito el asentimiento de la Sala para tratar de inmediato, en general y particular, el antedicho proyecto.

Si no hay oposición, quedará así acordado.

Acordado.

Solicito el acuerdo del Senado para despachar este proyecto por asentimiento unánime.

Si no hay inconveniente, quedará aprobado en esa forma.

Aprobado.

Queda despachado el proyecto.

Creo interpretar el sentimiento unánime del Senado al proponer que se envíe a la familia de don Arturo Alessandri Palma una nota de condolencia en nombre de esta Alta Corporación.

Acordado.

### *Supresión de Sesión.*

El señor CORREA (Presidente).— Finalmente, solicito el asentimiento de la Sala para levantar la presente sesión y suprimir la de mañana, en homenaje a la memoria de nuestro Presidente, don Arturo Alessandri Palma.

Si no hay oposición, así quedará acordado.

Acordado.

Se levanta la sesión.

Se levantó la sesión a las 6.05 P. M.

ALFONSO G. HUIDOBRO S.,  
*Jefe Suplente de la  
Redacción de Sesiones.*

# CAMARA DE DIPUTADOS

SESION 45.<sup>a</sup>, EN MARTES  
29 DE AGOSTO DE 1950.

*Presidencia del H. señor Raúl Brañes F.*

## HOMENAJE POSTUMO AL EXCMO. SEÑOR DON ARTURO ALESSANDRI PALMA, EX-PRESIDENTE DEL SENADO DE LA REPUBLICA.

El señor BRAÑES (Presidente).—Con el objeto de rendir un homenaje a la memoria del ex-Presidente del Honorable Senado, señor don Arturo Alessandri Palma, ofrezco la palabra al Comité Radical.

El señor DURAN.—Pido la palabra, señor Presidente.

El señor BRAÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Durán.

El señor DURAN.—«Honorable Cámara:

Los Diputados Radicales me han confiado el honor de expresar nuestro homenaje dolorido por el fallecimiento del Ilustre ciudadano, Honorable Senador don Arturo Alessandri Palma.

Debemos ahogar la emoción que nos produce su pérdida, porque el hecho de su muerte se reduce ante la grandeza insuperable de su obra, para dar paso al homenaje cálido y ferviente que merece su vida, que por la fuerza de su personalidad sobresaliente le dió su nombre a una época de la Historia de la Patria.

Analizar en esta oportunidad su vasta labor sería una pretensión pueril y exagerada. No hay instante en la vida de Chile ni circunstancia trascendental —desde antes del 1900— que no esté directamente vinculada a su nombre, a su esfuerzo, a su inteligencia y a su capacidad de realizador extraordinario.

Con renovado optimismo se entregó sin reservas a la lucha y quemó en ella todo el aceite de su vida en la lámpara firme de su actividad creadora.

Los hombres de nuestra época nacimos escuchando su nombre y moriremos con nuestro pensamiento vinculado a su recuerdo, porque el espíritu de Alessandri alienta en todas las cosas de Chile y es parte integral del pensamiento de América.

Hablar con mirada retrospectiva de la vida de Alessandri es para el Partido Radical contar gran parte de su propia historia política.

Su figura se yergue grandiosa como el luchador imbatible en defensa de la Democracia. Nada lo detiene, nada lo arredra: ni los halagos del Poder ni el temor a los poderosos.

Su línea política tiene un ribete claro de eternidad; sufre con estoicismo la difamación, la persecución y el odio de las tiranías, pero su espíritu entero no sufre mengua.

Quizás si sea este su primer pilar. Alessandri es el restaurador de la Democracia Chilena.

Es la primera parte de su vida sublime, pero no es toda. No está satisfecho con su triunfo en esa trinchera política; busca algo más.

En el siglo pasado fué el filósofo Augusto Comte quien por primera vez en y forma admirable se refirió a la necesidad de incorporar al proletario a la sociedad moderna como el medio más eficaz de obtener una cabal organización de ella.

Alessandri, con clara visión, convierte en realidad el postulado. Ni su ubicación política ni su extracción social ni la tradición vivida por él hasta entonces fueron obstáculos que le impidieran traducir en actos de gobernante lo que era la más arraigada convicción de su espíritu; así como tampoco lo arredró la violenta y enconada reacción de la oligarquía ante la verdadera revolución espiritual que inició en el país.

Esta revolución política y social constituyó la válvula de escape que libró a Chile de una revolución sangrienta que necesariamente habría sobrevenido si no se encara a tiempo, y con resuelta firmeza, la solución evolutiva de los problemas esenciales que afectaban a los más vastos grupos de nuestra nacionalidad.

Su espíritu sensible señaló claramente la ruta al gobernante. Los pueblos sólo pueden ser grandes cuando la acción de sus Gobiernos logra ser justa. Las diferencias de clases que desnivelan la sociedad crean un clima de descontento y de amargura que divide a los pueblos y retrasa el progreso de las naciones; y como era un patriota, estuvo en la lucha al lado de los débiles. Alessandri está clavado hondamente en el corazón de los hombres que viven del trabajo porque en su acción de Gobernante luchó tenazmente por dignificarlo. Con visión clara, profética y humana encauzó esas justas inquietudes, porque comprendió que la lucha por las reivindicaciones no era fructífera sin la intervención del Estado como Padre tutelar. Por eso,

por sobre banderías políticas, tomó medidas que llegaron a ser leyes y la intervención del Estado como poder regulador por sobre los intereses de los particulares quedó cimentada.

Los hombres del Partido Radical tenemos el privilegio de haber aprendido de nuestros padres el respeto y la adhesión a nuestra clase; nuestros ancestros se entroncan directamente con los hombres que llevaron a todas las Escuelas de Chile la palabra de liberación a través de la cultura con los hombres modestos forjados en las Universidades del Estado, en las Escuelas Industriales, en el trabajo intelectual creador de nuevas rutas para nuevos destinos; somos un Partido formado por hijos de hombres que golpearon sobre el yunque el acero enrojecido en el vientre de la fragua; de hombres que trabajan en el campo; de esos rudos hombres que, entonando un canto de esperanza, se aferran firmemente a la mancera del arado para romper mejor la tierra, para trazar más recto el surco y desde siempre sabemos que el trigo regado con el sudor del hombre, más alto y vigoroso crece.

Por eso, en esta hora de emocionado homenaje, yo quiero agregar a mi voz el acento de la voz de los hombres del Partido Radical y decir, por ellos y por mí, la palabra de agradecimiento y de esperanza.

De agradecimiento, Honorable Cámara, porque él luchó por nosotros; y de esperanza, porque seguiremos en esa misma ruta para cumplir otra etapa más al servicio de los humildes.

Arturo Alessandri Palma, caudillo de los sentimientos populares, triunfó también en esta lucha social clavando la bandera de la victoria ante los ojos esperanzados de mi clase.

Porque el Partido Radical vió en él al restaurador de la democracia, porque vió en él la voluntad firme de servir las inquietudes de este pueblo, levantó su nombre como bandera para llevarlo hasta el solio Presidencial a servir estas aspiraciones doctrinarias; y estuvo con él en la defensa de un Estado laico, de un Estado sin creencias ni preferencias ideológicas, capaz de dar a todos los chilenos la sensación de igualdad. Luchó por estos principios con no igualado esfuerzo; y, como su lucha era justa y como su lucha traía la paz a los hogares de Chile, su triunfo se estampó con letra indeleble en la Ley Fundamental de la República.

No hay en nuestra vida política una vida más llena de agitaciones y de esfuerzos. Los chilenos podemos sentirnos satisfechos de su vida cuajada de enseñanzas.

Alessandri nos deja no sólo la realización positiva de muchas de nuestras aspiraciones, no sólo su vida ejemplar al servicio de la Patria; nos deja también otro ejemplo que es como un símbolo: su hogar.

Unió su vida a la vida de una mujer maravillosa que es también símbolo de la mujer chilena: doña Rosa Ester Rodríguez de Alessandri. De ese

hogar, Chile entero conoce sus frutos: sus hijos, que son también un orgullo para mi Patria.

La personalidad del ciudadano se yergue revestida de tan evidente reciedumbre humana, de tan maciza consistencia, que todo un pueblo lo exhibe jubiloso y con orgullo ante la Humanidad entera con la confianza de que en él se hicieron carne la tradición gloriosa, un presente a tono con el progreso del mundo y un porvenir delineado con ideales en la justa ecuación de lo realizable.

El Partido Radical, cuya doctrina es la síntesis de la solidaridad humana, en su más alta y generosa expresión, quiere saludar por mi intermedio, la partida del ciudadano Alessandri hacia la inmortalidad y decir con el poeta chileno:

«Ahora son las estrellas de América tu Patria  
y desde hoy tu casa sin puertas es la Tierra».

El señor BRAÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Bulnes Sanfuentes.

El señor BULNES.—«Señor Presidente, Honorables colegas: En los días penosos que han transcurrido desde el fallecimiento de don Arturo Alessandri Palma los más caracterizados representantes de las diversas actividades nacionales han ensalzado los extraordinarios aspectos de su obra y le han rendido el tributo que merece su egregia personalidad.

Vano sería que yo pretendiese agregar algo nuevo a lo que, con justicia, se ha dicho de él. Sólo deseo expresar esta tarde, en nombre del Partido Conservador Tradicionalista y especialmente de sus Diputados, nuestra adhesión emocionada y fervorosa al homenaje que le rinde esta Honorable Cámara, como portavoz de la nación entera.

Su fallecimiento ha conmovido tan hondamente a todos los sectores de la nación chilena, ha significado un duelo tan profundo para la Patria misma, que aún no recupera el país su ritmo normal. Diríase que, con la muerte del viejo León, Chile se siente súbitamente transportado a una nueva y desconocida época de su historia.

El señor Alessandri se ha marchado junto con la primera mitad del Siglo XX. Tenía que ser así, porque este medio siglo se identifica, en Chile, con su gigantesca personalidad. Nadie podrá escribir una página sobre los cincuenta años que terminan, sin referirse al brillante adalid parlamentario de sus primeros tiempos, o al fogoso caudillo popular del año 20, o al fecundo innovador que impulsó la legislación social y reformó nuestra Constitución Política, o al eminente estadista que en la tercera década del siglo reconstruyó la República, o a la figura señera y patriarcal que hasta ayer ejerció sobre el país su tutela moral.

Porque su vida pública fué increíblemente rica en realizaciones, porque influyó con incomparable vigor en el devenir de Chile, porque puso toda su alma apasionada en cada acto de su existencia, aún no es posible juzgar con frialdad cada una de las inmensas proyecciones de su obra. Tendremos que pasar los que, siquiera en parte, fuimos sus contemporáneos; tendrán que convertirse nuestros nombres en el mudo testimonio de una lápida sin flores, para que la historia pueda pronunciar sobre cada una de sus realizaciones un veredicto definitivo.

Mi Partido le brindó, en algunas etapas de su vida pública, la más estrecha y leal cooperación; así como en otras le combatió con hidalguía, pero con ardor. Algo semejante podrían decir casi todos los partidos chilenos. Es que él era demasiado grande para caber estrictamente en los casilleros políticos.

Pero, si las actuaciones del tribuno y las realizaciones del gobernante están entregadas, en sus particularidades, a la discusión de sus conciudadanos, estos han formado ya un juicio indeleble sobre los grandes dones de su espíritu. Ni los que fueron sus adversarios políticos en 1920, ni los que permanecieron sordos a su llamado en la época de la reconstrucción nacional, ni los que le combatieron en sus años postreros, dejarán de reconocer, ahora y siempre, que tuvo una superior calidad humana y que ardió en él incesantemente el fuego del más puro patriotismo.

Tuvo un talento singular, una titánica voluntad, una genial intuición; pero por encima de todo ello tuvo un portentoso corazón. Quiso a su Patria con ardores de enamorado. Amó a sus compatriotas con pasión inextinguible. Chile fué su único impulso; Chile fué su único norte; Chile fué toda su razón de ser.

Es por eso que ahora, cuando se ha ido, amigos y adversarios sienten su partida como la de un ser querido. Es por eso que sus conciudadanos le lloran no sólo como al repúblico ilustre, sino también como al amigo entrañable. Y los mismos que ayer le negaron sus votos, hoy vierten lágrimas sobre su tumba.

Porque fué profundamente humano; porque tenía el genio vivo y la sangre ardiente, cometió errores y cayó en excesos; pero la grandeza de su alma le obligó siempre a reconocerlos con modestia y con generosidad. El fondo de su pensamiento y de sus propósitos no hay que buscarlo en los discursos apasionados de la febril campaña del año 20, sino en la creación de justicia, de armonía y de paz que es la legislación social de 1924. Y mi Partido, no obstante combatir lo que a su juicio fueron excesos del tribuno, está asociado a esa legislación, la obra máxima de Alessandri, no sólo como precursor de la misma, sino también por haberle aportado piezas tan capitales como la Ley 4054. Con razón declaró tantas veces el ilustre extinto

que, en ese venturoso conjunto de leyes protectoras del asalariado, alienta el espíritu inmortal de León XII y de su maravillosa Encíclica «Rerum Novarum».

El tiempo pasará. Problemas que ahora nos apasionan se verán a la distancia pequeños y sin trascendencia. Ideas que movilizan multitudes parecerán estériles o anticuadas. Hombres que creemos decisivos se perderán en la negra noche del olvido. Pero la figura de Alessandri no se borrará de las páginas de nuestra Historia. Sus aciertos y hasta sus errores iluminarán el camino de generaciones y generaciones. Los rugidos del León de Tarapacá continuarán resonando mientras resuene el nombre de Chile.

Los Diputados conservadores tradicionalistas rendimos al gran chileno que se ha ido un tributo de admiración y de afecto, y expresamos nuestra más sincera condolencia a los colegas liberales y a la ilustre familia que es digna continuadora de sus servicios al país.

A Dios Misericordioso, que sabe escrutar en los corazones, le rogamos humildemente por su eterno descanso».

El señor BRAÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Contardo.

El señor CONTARDO.—«Señor Presidente y Honorable Cámara. ¡Don Arturo ha muerto!, expresión que repitieron todos los labios de Chile, noticia que recorrió todos los rincones del territorio conmoviendo profundamente a todos los corazones chilenos.

La República se enlutó con el fallecimiento del gran estadista y todo Chile hizo un alto en sus diarias tareas para rendirle el homenaje de la gratitud y del recuerdo. Es que don Arturo Alessandri fué un hombre que se consagró por entero al servicio de la República, y ésta, agradecida, lo hizo un hijo predilecto y llora su partida sin retorno.

Hablar de sus luchas por la justicia social, hablar de sus combates por el imperio de la libertad y el orden, sería invadir el campo de la Historia y yo, respetuoso, le cedo la palabra al historiador, en la certeza de que la Historia sabrá hacer justicia al paladín de las libertades públicas, al apóstol de la justicia social.

Don Arturo Alessandri era de esos hombres cuya mejor alabanza la constituyen sus propias obras. No obstante, hay un hecho histórico que quiero traer a la memoria, que constituye, a nuestro juicio, uno de los muchos méritos que pesan en la balanza a favor de don Arturo: el de haber despertado al pueblo y a la clase media chilena del año 1920, incorporándola como tal a las actividades políticas, interesándola por la cosa pública. Aún se escucha la palabra vibrante y vigorosa del tribuno de América; aún arde en el corazón del pueblo la llama de la fe y de la esperanza que don Arturo supo encender en las masas desorientadas y postergadas del

histórico año veinte. Esta conquista de derecho y esta valorización de lo que constituía el verdadero pueblo, la Nación viva, es algo que nadie podrá desconocer al señor Alessandri. No se podrá olvidar jamás que todos los grandes movimientos políticos que han sucedido al del año 1920, y los que vendrán en lo futuro, tuvieron en ese año su verdadero origen, y que su apóstol cívico indiscutible fué don Arturo Alessandri Palma.

Hoy, como ayer y mañana, ese pueblo que lucha por un mejor destino no olvidará nunca a quien lo llevó a la superficie política de Chile, dándole su expresión más definida. Y, ese pueblo, que sabe de luchas y de combates, de alegrías y de dolores, de triunfos y de derrotas, que sabe de amor y que no sabe de odios ni rencores, que sabe del recuerdo justiciero y que no sabe de olvidos, y que sabe también de agradecimiento, ha levantado en su corazón un monumento del cariño, de la gratitud y del recuerdo a don Arturo Alessandri.

En nombre de mis colegas, los Diputados Agrario-Laboristas, hago llegar a la familia Alessandri y al Partido Liberal, del cual formó parte don Arturo Alessandri, nuestra más sentida condolencia, porque, como lo dijo el Presidente del Partido Liberal, Senador don Ladislao Errázuriz. «Con don Arturo Alessandri Palma murió el más grande de los liberales».

He dicho».

El señor BRAÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Cañas Flores.

El señor CAÑAS FLORES.—«Honorable Cámara: en la exuberancia de un jardín maravilloso, en plena floración, en el que todos los colores y todos los perfumes ofrecen a la vista y al gusto de quién en él penetra facilidad de coger lo que más agrada, no puede haber coincidencia de voluntades para tender la mirada y la mano hacia lo mismo. En la extensa planicie cultivada con tanto coraje por el jardinero genial hay siempre para todos los amores, para todos los caprichos y hasta por humana naturaleza, una que otra olvidada zarza, para atención de quienes buscan lo pequeño antes que lo grande, la obscuridad antes que la luz. . .

Así lo hemos meditado, Honorable Cámara, al pedirnos el Partido Conservador que rindiéramos, sus Diputados, un póstumo homenaje a quién fuera siempre Excelentísimo Señor Arturo Alessandri Palma, y al fijar mis colegas en mí la responsabilidad de un acto que honra y emociona.

Porque la vida de este varón extraordinario es un jardín humano de más de medio siglo de permanente y afanoso cultivo, al cual podemos penetrar, como PERIPATOS con sus alumnos, en un paseo interminable y siempre gustando de las flores deliciosas de una enseñanza ejemplar. ¿Por qué, entonces, no fijar nosotros, en esta tarde de duelo para la Cámara de

Diputados de Chile, nuestra atención de Diputados Conservadores en aquel color que más ha golpeado a nuestro espíritu de luchadores de un ideal?

Es lo que haremos, Honorable Cámara y, providencialmente, una casualidad nos facilita el homenaje por rendir al gran ciudadano.

En verdad y para toma de razón de la Historia, los últimos actos trascendentes en que intervino el Excmo. señor Arturo Alessandri Palma fueron los homenajes que Chile dedicara al centenario de la muerte del Libertador San Martín y a la conmemoración del natalicio del Libertador Bernardo O'Higgins. ¡No lo podréis olvidar, Honorables Diputados!

Cómo lo vimos de ágil y espiritual presidir nuestro Congreso Pleno, pronunciar con voz entera sus palabras históricas para calificar el acto que presidió y para señalar el saludo que debíamos enviar al Presidente de la Nación Argentina. Y cómo lo vimos después, al inaugurarse el tramo de la Carretera Panamericana que llevará el nombre de «General José de San Martín», levantarse con audacia sobre la tribuna colocada a la intemperie, despojándose de su abrigo y su bufanda, para levantar su voz sobre la multitud que le exigió que hablara y conformarla con una arenga inolvidable. Y todo esto en medio de estos días traicioneros de sol, agua y frío y con 82 años que desafiaban y producían también admiración. Porque, Honorable Cámara, a la admiración del talento y del espíritu que irradiaba la persona de Alessandri, hay que agregar esta admiración física, que era para el caudillo, para el luchador, para el gran libertario, para el humano entre los humanos y nunca para el anciano, porque Alessandri no fué nunca anciano.

Ahora bien, a pocas horas de tales magníficos homenajes al Libertador San Martín, los chilenos hemos ofrendado nuestro recuerdo ciudadano al Libertador Bernardo O'Higgins, conmemorando el aniversario de su nacimiento. El mes de agosto, los días 17 y 20 del mismo, ha permitido que hermanemos a quienes fueron hermanos en la lucha por la libertad de América y especialmente de Argentina y Chile.

Alessandri participó, vivió y gozó estos homenajes. Y a las pocas horas de esa participación, de esa vida y de ese gozo, un día también de agosto, el 24, la Providencia lo hizo entrar a la inmortalidad. Es que también él debe figurar como un Libertador.

Los dos primeros fueron héroes de la libertad política de nuestras Patrias. Con su arrojo, con su sangre y con su sacrificio de todas las horas nos constituyeron en naciones independientes.

El tercero fué un héroe de la libertad social de nuestro pueblo. Con igual denuedo dedicó medio siglo de su existencia a hacer comprender a la clase media y al proletariado que su intervención en la vida pública no es un favor que nadie le pueda dispensar, sino que es un mandato de su condición de chilenos.

A unos y a otros los persiguió el odio, la envidia, la venganza. Sufrieron.

Pero como ninguno perseguía el poder por el poder, sino que iban tras él para servir a sus pueblos hasta el máximo sacrificio, se sobreponían al sufrimiento y seguían batallando hasta alcanzar la victoria. Y la alcanzaron, y mientras la entregaban plena a sus Patrias y a sus pueblos, ellos terminaban sus días en la modestia de una medianía que emociona, que se vuelve como anatema contra los que, sin ideales y sin grandeza, sólo viven por y para el dinero.

¡Qué no se dijo, Honorable Cámara, de San Martín, O'Higgins y Alessandri! De los dos primeros lo certifica la Historia. De Alessandri lo conocemos personalmente la mayoría de los Honorables Diputados.

Sin embargo, ayer y hoy lo estamos palpando: la nacionalidad entera les rinde homenaje de gratitud imperecedera, y para Alessandri ya se anticipa presto el mármol y el bronce para exhibirlo a la faz del mundo como el Libertador social de Chile.

Bella lección para aquellos que tercamente, soberbiamente, quisieran detener el perfeccionamiento de la vida material y social de los pueblos. ¡Es inútil!

Los caudillos desprecian los ataques, perdonan las injurias, y aún compadecen a quienes les vuelven la espalda en las horas de aparente derrota. Siguen imperturbables tras la meta humana de servir a sus semejantes. Es que tienen la gran virtud, el divino privilegio de anticiparse a los acontecimientos y de servir, ante la inconsciencia, de muchos de valla que detiene rebeldías insospechadas y de cauce que ordena y orienta satisfacciones humanas comprensibles y necesarias.

Por lo mismo tales caudillos, entre los cuales Alessandri es la figura más grande del siglo XX latinoamericano, conmueven las opiniones, agitan a las familias, vuelcan a los partidos, lanzan al viento cívico el polvo de tradiciones que no son verdaderas y que sólo sirven ocasionalmente para defender intereses y castas. ¡Por lo mismo, también, el pueblo los sigue y los venera y, sobre todo, los llora cuando al ver que han tenido todas las potencias del mando y del poder para llegar a ser lo que quisieran, mueren en la modestia en que murió Alessandri!

Deja el caudillo, que ya podemos llamar el Libertador Social de Chile, un inmenso surco republicano abierto, una lección histórica imperecedera, y una advertencia tremenda. Sobre ese surco sigamos laborando los que tenemos sincero amor a la democracia chilena; en esa lección empapemos nuestro corazón los que deseamos servir al pueblo con más justicia que caridad; ¡y en esa advertencia descansen tranquilos los que anhelamos abiertamente el gobierno del pueblo por y para el pueblo!

Los Diputados Conservadores, que tenemos una meta social cristiana que arranca de las raíces mismas de nuestra fe, y que vemos en Alessandri un ariete poderoso de hace treinta años atrás por la realización de postulados sociales similares, declaramos solemnemente: que la muerte de este hombre superior nos duele en lo más íntimo de nuestro ser, que presentamos a los Señores Diputados Liberales el pésame emocionado que merecen al perder al mejor de sus correligionarios, que ofrecemos a la familia toda del señor Alessandri Palma nuestra adhesión, sin reservas, y que hacemos ante esta Honorable Cámara un voto cívico: que ante el inmenso vacío que deja el caudillo nos unamos en este recinto, abandonando odios y pasiones mezquinas, para sólo pensar en lo que fué la divisa de Alessandri: ¡Chile!»

El señor BRAÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Cifuentes.

El señor CIFUENTES.—«Honorable Cámara:

Todavía están frescas las flores con que un pueblo cubrió los despojos mortales de uno de sus más ilustres hijos, y ya el comentario continental de propios y extraños exalta la figura de don Arturo Alessandri Palma como uno de los valores más puros de América, como uno de esos hombres que, de tiempo en tiempo, marcan una huella en la vida de las naciones y dejan sus nombres ligados al progreso y al bienestar de sus habitantes.

Nada de lo que ha ocurrido en Chile, durante este último medio siglo, podrá ser extraño al señor Alessandri. Su visión de estadista auténtico cubrió no sólo el período de sus Gobiernos, sino los años que habían de venir, y por eso mismo, fué el consejero obligado de quienes habían de sucederle en el timón de la República. Su inagotable amor a la Patria lo hacía velar de día y de noche por la suerte de sus conciudadanos y por el futuro próspero de este largo y angosto pedazo de tierra que él quiso tanto. Hasta el postrer instante, en el momento en que el último aliento animaba su pecho, el gran repúblico cumplía con sus deberes, en un dilatado esfuerzo que no podía encontrar otra tregua que la muerte.

Hubo en él dos fuerzas que lo identificaron al servicio del país. Llegó a la primera magistratura como caudillo de los necesitados, y sin dilaciones personalistas o intereses mezquinos logró la gran transformación. Del año 20 adelante fué eminente estadista, y sus obras no necesitaron el tiempo como Juez, pues el pueblo ya hace dos días dió su veredicto.

Todas las tempestades de la vida habían soplado sobre él, pero ninguna pudo arredrarlo. El destino le señaló desde la cuna una misión superior y la cumplió con tenacidad y ejemplar energía, convencido de que mucho había hecho por su Patria, pero que mucho más podía hacer aún, pese a que la flaqueza de la materia le negara el empuje y los bríos de la juventud. Conoció los halagos del poder y a la vez sus inseparables desencantos; dispensó

favores y cosechó ingratitudes. Fué el ídolo de las masas y sufrió sus veledades, pero, por sobre todas las cosas de este mundo, aspiró a ser el ciudadano que se halla conforme con su propia conciencia.

Impuso su autoridad, pero todas sus actuaciones y desvelos fueron dirigidas en favor de las clases modestas. Sus luchas fueron recias y fuertes; sin embargo no imperaron sus lógicos y naturales desbordes. Tuvo varias veces en su mano los destinos del pueblo, pero patrióticamente no quiso lanzarlo a luchas aventureras y suicidas.

Otro hombre menos consciente del destino que le tenía reservado la Providencia se habría sentido satisfecho con la consideración pública, con un buen pasar económico y, sobre todo, con el orgullo de haber constituido un hogar donde se formaron sus hijos, notables en diversas actividades, y muchos de los cuales han prestado y prestan actualmente grandes servicios a la República; pero el mandato de la historia lo empujaba, desde niño a jugar los más grandes papeles en el porvenir de Chile. Su innato amor al pueblo, su simpatía por los desposeídos de la fortuna, lo llevaron el año 20 a romper la brecha en el ancho muro de la oligarquía, que había detentado el poder político durante más de una centuria. Su revolución ideológica, incruenta pero efectiva, iba a transformar a la sociedad chilena de arriba hasta abajo, esparciendo sobre el surco de las inquietudes de los asalariados la pródiga semilla de las leyes sociales que han depurado y equilibrado los derechos de los ciudadanos, aboliendo odiosos privilegios y desterrando el régimen de arbitrariedades sostenido por leyes imperfectas o defectuosas.

Con la clara visión que lo dotó la naturaleza, comprendió desde un comienzo que su obra no sería efectiva si no mantenía la paz social. Pero este objetivo no lo obtuvo a impulsos y golpes autoritarios, sino mediante su desinteresado afán de defender a los humildes. No podía haber elegido mejor base.

En estos últimos años nos dió una prueba más de su espíritu selecto. A través del tiempo, el diputado antaño vehemente, se transformó en el senador de la armonía, gracias a la serenidad de su experimentada existencia; y nadie podrá discutir que no hubo ningún acuerdo trascendental donde estuviera en juego la vida institucional de la nación, que no tuviera en primer plano, ocupando el lugar que le correspondía, la egregia figura de don Arturo Alessandri Palma.

Buen amigo del Partido Democrático, quiso por intermedio de éste mantener contacto con las masas que, en un momento crucial de nuestra historia, lo llevaron al mando supremo en forma incontenible. Mejor servidor de la Democracia, el señor Alessandri encontró en nosotros cooperadores fieles, unidos en la común idea de que la democracia constituye el único régimen posible de convivencia para hombres libres y dignos. Si gozamos de

muchas de las libertades que disfrutamos se lo debemos a este ilustre ciudadano que en la Constitución del año 25 amplió, si cabe, los Derechos del Hombre y del Ciudadano, poniéndolos al día con los nuevos postulados sociales, que nos muestran también a' hombre económicamente libre, todo sin perder de vista el concepto de un Ejecutivo fuerte, capaz de orientar al barco aun en medio de las recias tempestades de la política y dotado de las armas suficientes para defenderse de los ataques de la anarquía.

El pueblo llorará como ninguno la pérdida del hombre que sin ser de su clase enarboló en sus manos la bandera de sus reivindicaciones, la que impulsó, «pese a quien pese», sobrellevando las incomprensiones y desafiando los prejuicios. En una época ya lejana, enseñó a los desposeídos el camino largo pero seguro para alcanzar el triunfo de sus justas aspiraciones.

El señor Alessandri odió profundamente la tiranía, no por lo que él sufrió al soportar sus asperezas, sino porque creía en el sagrado derecho de la autodeterminación de los pueblos y porque la libertad nutría hasta las más recónditas potencias de su alma, sinceramente demócrata.

Es temprano todavía para pronunciar la última palabra sobre su figura de viejo repúblico a la romana, pero ya sus obras y el recuerdo de sus virtudes ciudadanas nos rodean por todas partes y se infiltran en nuestro ambiente. Su nombre está esculpido en piedra antes que esta perpetúe su memoria, y la memoria de Alessandri está también escrita con caracteres indelebles en el corazón de todos sus conciudadanos.

El Partido Democrático, en nombre de quien tengo la honra de rendir este modesto homenaje, ha enlutado su estandarte y plegado sus banderas, adhiriéndose, sinceramente, al dolor que se advierte en todos los corazones.

Por eso no puedo menos que, en su nombre, pronunciar la frase que todo Chile tiene en sus labios, como el más inmediato deseo de retribuir los grandes sacrificios hechos en su favor por el más eminente político chileno de este siglo:

¡PAZ EN SU TUMBA Y GLORIA ETERNA A SU MEMORIA!

He dicho».

El señor BRAÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Rogers.

El señor ROGERS.—«Señor Presidente, estos días hemos sentido como si, en la severa construcción republicana que venimos levantando los chilenos por generaciones de generaciones, hubiera cedido una columna fundamental del edificio, quebrada por el tiempo inexorable y agobiada bajo el peso de la gloria.

No se engaña el instinto seguro de los pueblos, más justiciero que la misma Historia, cuando se conmueve de modo tan profundo al rudo golpe

con que se le aparta uno de sus más grandes conductores para iniciar la eterna ausencia.

Por eso, en la vieja casa de este Parlamento, han resultado estrechos tres días y tres noches para contener la congoja de un pueblo que, en caravana larga y lenta, quiso venir a contemplar por última vez el rostro, que tan familiar nos fuera del señor Alessandri, borrado ahora en un segundo de en medio de nosotros por la mano de la muerte.

Cúpome ver paralizado ese desfile interminable, porque un hombre del pueblo —uno cualquiera que vino al gran salón de nuestras ceremonias con sus mismas gastadas ropas de trabajo—, se detuvo largo rato junto al féretro.

Traía de la mano cinco hijos pequeños y lo acompañaba su mujer —sufrida mujer del pueblo—, agobiada por dos más, uno en los brazos y otro que esperaba.

Ese trabajador chileno detuvo la larga columna y fué levantando del suelo, uno por uno, a sus hijos, para asomarlos al cristal de la urna funeraria en un supremo esfuerzo, para que todos ellos, sin faltar ninguno, aún los más pequeñitos, conservasen, en el precioso archivo de sus pupilas infantiles, el rostro humano y perecible de ese viejo luchador por los intereses proletarios de quien, cuando sean grandes, todavía oirán hablar, discutir sus acciones y analizar sus pensamientos, proyectados en el tiempo.

Cuando un pueblo así se abraza y aferra al recuerdo de uno de los suyos, es porque ese que se va lo encarna, lo refleja y lo interpreta tanto como la bandera que lo simboliza o la tierra que lo sostiene.

Del señor Alessandri, de quien todo ya parece dicho, pensamos que todavía puede agregarse en su honor que *fué el más chileno de los chilenos*. Contuvo, en grado superior, en la ancha gama de sus condiciones personales, todas las virtudes de la chilenidad, y para que nada faltase a la identificación, reflejó en ellas hasta sus defectos.

Porque presentimos que el futuro asimilará el chileno-tipo a los caracteres indelebles de la personalidad del señor Alessandri, es que nos hemos atrevido a decir, frente a su muerte, que sentimos pesar y orgullo; pesar que abruma, y orgullo de chilenos que enaltece y levanta.

Dolor profundo, porque podemos repetir con su hijo dilecto esa expresiva frase de su inmenso desconsuelo: «¡Nosotros, que llegamos a creer que nunca podría morir!...»

Orgullo de chilenos, porque esta expresión cumbre de la chilenidad, que fuera Alessandri, haya sido precisamente como fué.

Ahora los países amigos y mañana la posteridad, podrán decir, sin temor de ser contradichos, que el más ilustre chileno de este tiempo, en el medio siglo de su vida pública, alcanzó todos las más altas cimas de nuestra

dignidad ciudadana, siempre por un solo medio y por un solo camino: el de la voluntad limpia, libre, soberana y democrática de su pueblo, voluntad jamás violentada ni por la suerte de las armas en lucha fratricida, ni por la presión oficial que la adultera, ni por el clan obscuro y caudillista que a veces corroe por dentro, como un cáncer de nuestra época, a las más perfeccionadas Democracias.

Alessandri, chileno entre los chilenos, luchador incansable y de fuerzas sobrehumanas, deja a la Democracia nuestra el hábito feliz de tratar la gran contienda de las ideas que dividen a los hombres, como es justo, siempre en el mismo plano, equiparado y caballeroso en el fondo, limpio como el puño que dirime en nuestro pueblo las contiendas mucho mejor que el pistoletazo artero y vengativo tan frecuente en otras razas, ya que no le importa tanto el éxito político cuanto la licitud de los medios que se emplean para alcanzarlo.

Al terminar esta vida larga, intensa y tumultuosa, nos parece un timbre de orgullo para todos los chilenos, imposible de silenciar en este Parlamento, el que esta personalidad de vigor tan prodigioso y recio no se abriera paso en este país ni al frente de un Regimiento amotinado, ni de un golpe de fortuna política fraguado en la conspiración sombría, ni siquiera al frente de esos remedos de partido Político, personalista, fabricados a la medida del jefe fundador, que con tan excesiva frecuencia han sido el escabel político infaltable en la torturada Historia de nuestra América Hispana, todavía en proceso inconcluso de maduración democrática.

Por eso, nuestros colegas del viejo Partido doliente querrán aceptarnos a los parlamentarios de este Partido, el más joven de esta Cámara, por lo mismo que busca de nutrirse en la savia de la más limpia tradición nacional, que digamos en supremo elogio del señor Alessandri y para máxima honra del liberalismo chileno que *él siempre perteneció a su Partido y que su Partido nunca le perteneció a él.*

Alessandri como sus predecesores, como Balmaceda y como O'Higgins, que en esta tierra de hombres libres no quisieron, ni habrían podido fundar permanentemente el Balmacedismo ni el O'higginismo, ni aún con el romántico martirologio del uno, ni con la heroica gesta libertadora del otro; Alessandri, digámoslo en su hora última, no fundó, no quiso intentarlo, ni habría podido fundar un Partido con su propio nombre, vacío de ideas, y pleno de su personalidad vigorosa, como habría sido de rutina en cualquier otro rincón de América española.

Alessandri *fué siempre* (¡con qué justificado orgullo lo dijera en el Camposanto el Presidente de su grupo político!), *fué siempre* un militante político de un mismo Partido chileno, sin pretender ser jamás su dueño.

Alessandri, el caudillo popular irrefrenable, como una fuerza de la naturaleza desatada, por encima de sus triunfos humanos obtuvo el más decisivo y el más difícil de los éxitos de un conductor político: el triunfo sobre sí mismo.

Inflamado de noble ambición, supo detenerse a tiempo. Con las insignias del mando heredó la grandeza del renunciamiento de O'Higgins en su abdicación, supo respetar el sagrado límite constitucional de su mandato al término de su período, como ningún otro jefe sudamericano de su talla lo habría hecho y —lo que es más duro—, entregar el mando a un adversario, incapaz de escamotearle su legítima y democrática victoria.

El sentido aparentemente simple de ese concepto: «Que él siempre perteneció a su Partido y su Partido nunca le perteneció a él», estamos seguros de que se irá dilatando con la perspectiva de nuestra Historia, y mientras esa justificación llega, el Movimiento Falangista, en la noble ambición de crear una conciencia nacional cada vez más pura, no vacila en señalar como un ejemplo para la juventud que forma en sus filas, y en recoger, como un orgullo nacional para todos los chilenos, toda entera, la preciosa y larga vida que acaba de extinguirse.

Lo hace con recogimiento y con emocionada gratitud.

La Falange Nacional, como todas las inquietudes espirituales de Chile en esta primera mitad del siglo XX, le queda deudora del impulso y aliento que en los primeros pasos de su vida política le prestara generosamente el señor Alessandri.

No era entonces tarea sencilla para nuestro movimiento político, ahora ya logrado, vencer hace quince años la desconfianza hacia lo nuevo, la incredulidad y la incompreensión.

Hoy que las firmes esperanzas socialcristianas se han abierto paso en todo el mundo por entre los escombros y las ruinas de una guerra, que, como un cataclismo puso a prueba la solidez de todas las construcciones políticas preexistentes, hoy es fácil apelar a la conciencia y a la fe de los hombres y de los pueblos.

Pero entonces, hace quince años, sólo nosotros sabemos cuán pesada y dura era la tarea de precursores para nuestras débiles espaldas juveniles.

La misión que los falangistas nos asignamos en la política chilena pudo no haber pasado de una simple agitación estudiantil, como tantas otras que nos precedieron y se esfumaron, sin dejar tan siquiera la nostalgia de un recuerdo.

En plena nebulosa de gestación, la mano comprensiva del señor Alessandri arrancó a uno de los nuestros de su banco de estudiante para llevarlo a sentarse al Gabinete ministerial en un rasgo airoso de fe en nuestros

hombres y en nuestras intenciones aun no probadas, consecuencia fiel de su ilimitada confianza en las virtudes de su pueblo.

Ese crédito de fe que nos abriera el señor Alessandri cuando no podíamos exhibir título alguno para ser creídos; esa confianza en nuestra juventud cuando la inexperiencia hacía más riesgosa cada vez la seguridad en nosotros mismos que nos empujaba, ese amplio gesto del viejo luchador, sin asomos de egoísmo para los recién llegados, queremos agradecerlo esta tarde con emoción y afecto y depositarlo como ofrenda en su tumba todavía abierta.

---

Así como respetamos, señor Presidente, y seguimos todavía el impulso de libertad que nos diera O'Higgins, el fundador, así como disfrutamos de las instituciones que nos legara Montt, el constructor, en la solemnidad histórica de estos días, los Diputados falangistas formulamos votos por que sigamos y obedezcamos cuando pase en medio de nuestra tarea legislativa, impalpable pero presente entre nosotros, junto a cada dolor y angustia de un proletario de este país la sombra de Alessandri, el primer motor en la empresa inacabada de la redención del pueblo chileno.

---

Además, señor Presidente, debo expresar que el Partido Liberal Progresista me ha honrado con la petición de que agregue a estas palabras el sentido pesar con que esta agrupación política ha visto desaparecer la figura del egregio ciudadano que fuera don Arturo Alessandri Palma, y su condolencia a sus familiares y al Partido en el que en vida militara.

He dicho».

El señor BRAÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Valdebenito.

El señor VALDEBENITO.—«Señor Presidente, Honorable Cámara: Caminando por los seguros senderos de la Democracia y bajo su poderoso imperio, que sólo saben comprender los que la aman y respetan con absoluta sinceridad, los que militamos en los cuadros políticos de avanzada de nuestra tierra, no trepidamos en colocarnos, también, en la caravana de un pueblo que ayer, con sus corazones ardientes y el cerebro frío ante la realidad, acompañó silencioso hasta su última morada al Caballero de la Democracia. Acompañamos al ciudadano que despertó y enseñó a niños, jóvenes, mujeres y hombres, proletarios de esta tierra nuestra, a toda una generación que en torno a un ideal, a una bandera y a un abanderado tras su doctrina, el pueblo era capaz de alcanzar su redención social.

El abanderado, el líder de toda una generación, el Paladín de la Democracia, Don Arturo Alessandri Palma, hoy descansa y nosotros bebere-

mos insaciables en el torrente de la Democracia el ejemplo del infatigable luchador.

Admiramos y recordaremos siempre la grandeza del político, del caudillo que en el año 1920, vivió al calor de un pueblo abandonado, que lo conoció recorriendo nuestro suelo, auscultando sus palpitaciones y sus más nobles anhelos. Iniciado cual modesto soldado de la gran inquietud, de las ansias de redención de un explotado y desnutrido pueblo, pasó a ser el gran conductor, el gran líder de las aspiraciones populares.

Tuvo la virtud de estremecer los corazones mineros, latiendo fuertemente en las profundas labores del subsuelo en las zonas del cobre y del carbón. Tuvo la virtud de conocer en lo más íntimo al heroico luchador y extractor del oro blanco de las asoleadas zonas del salitre y tuvo la majestuosidad de infundirle respeto y confianza en su credo de redención social. ¿Y por qué no decirlo también con franqueza?, tuvo la virtud, para bien de nuestro pueblo, de nuestra clase proletaria y media de hacerse respetar, de hacerse oír y de ser temido por aquéllos que, obcecados y parapetados en sus egoísmos económicos, le atacaron cruelmente porque el líder, el caudillo, ya se había confundido con su «chusma» que era el pueblo, que era vida, que era anhelo de superación.

Fué el iniciador de las grandes jornadas del pueblo de Chile por alcanzar sus justas reivindicaciones. Este gran pasaje revolucionario de su vida ha sido para nuestro pueblo y para nosotros, niños y jóvenes de esa época, la primera y grande lección de nuestra vida: —amar la Democracia; servir al pueblo—; Distinguirnos claramente: Explotados y explotadores; —Definirnos.

Un pueblo unido en torno a un ideal será el indiscutible realizador de su propio destino.

Don Arturo Alessandri Palma, el caudillo y estadista, enseñó al pueblo su camino y su meta de liberación.

Recientemente elegido candidato a la Presidencia de la República el año 1920, enarboló como programa de acción para su futuro gobierno las aspiraciones e inquietudes del pueblo. Hablo de:

- 1.º Estabilización del valor de la moneda. El equilibrio del Presupuesto.
- 2.º Reorganización y ordenación del sistema tributario.
- 3.º Protección decidida a las industrias nacionales.
- 4.º Solución inmediata de los problemas económico-sociales, creando el Ministerio del Trabajo y Previsión Social y el de Agricultura y Comercio.
- 5.º Dictación de leyes que reglaran la forma y condiciones del contrato de trabajo con respecto para todos los derechos que provean los medios de solucionar los conflictos entre patrones y obreros y consulten la constitución del seguro como previsión social, la protección para la vida y salud de

los trabajadores en las fábricas, minas, talleres, etc., procurando en general para los obreros la cooperación y asistencia sociales.

6.º Difusión de la cultura de la mujer.

7.º Despacho inmediato del proyecto pendiente en esa fecha sobre instrucción primaria obligatoria y laica, y de fomento decidido de la educación técnica industrial.

8.º Protección amplia a la infancia.

9.º Como medio de eliminar de la política militante las luchas religiosas, procurar definitivamente la separación de la Iglesia y del Estado con reformas constitucionales y legales consiguientes, y propender a la organización científica de todos los servicios de asistencia pública; y

10.º Reformas constitucionales, legales y reglamentarias para asegurar el correcto y eficaz funcionamiento del régimen parlamentario, vigorizando al mismo tiempo la acción y la estabilidad de los Ministerios.

Y quiero aprovechar esta oportunidad, Honorable Cámara, como un homenaje al gran líder del año 1920 para repetir uno de los tantos magníficos pasajes de sus discursos de ese entonces refiriéndose a una parte de su discurso-programa.

Dijo: «Todos los pueblos han luchado por sus libertades y ante todo, por la libertad de conciencia. El nuestro no se quedó atrás en esta lucha y ya en el año 1865, nuestros estadistas, dando fiel cumplimiento a una aspiración nacional, reformaron el artículo 5.º de la Carta Fundamental, cimentando la libertad de Cultos y de conciencia sobre el pedestal sólido de la tolerancia mutua. Esa evolución histórica, empezada el año 65 no ha terminado definitivamente. Debemos de concluir la obra de laicizar todas nuestras instituciones sin propósito de persecuciones, sin provocar odios ni divisiones en la familia chilena, inspirándonos sólo en el sagrado espíritu de tolerancia que en la lucha de las ideas es tienda bajo la cual puedan cobijarse todas las conciencias a respirar el aire puro de la libertad».

Fué en verdad don Arturo Alessandri Palma el punto de partida de las luchas de todo un pueblo y el libro abierto de la Democracia en cuyo ejemplo se inspiraron todos los líderes políticos de nuestro tiempo.

Hoy nuestro pueblo se encuentra en los mismos frentes y en los mismos campos de batalla por la solución integral de sus problemas, y recuerda con emoción la carencia de grandes conductores que no olviden sus doctrinas ni principios y lo lleven a la meta de su destino.

Debe estar orgulloso el Partido Liberal de haber tenido en sus filas al hombre que creó y construyó en el pueblo la unidad de acción en defensa de sus derechos construyendo, al mismo tiempo, el templo sagrado de homenaje eterno a su nombre de la libertad.

El Partido Socialista, sus parlamentarios presentes en este sentido homenaje, hacen llegar por mi modesto intermedio su pésame al Partido Liberal y a toda la familia Alessandri. Ojalá que estas enseñanzas, este pasado de lucha al servicio del pueblo y de sus reivindicaciones sean en adelante siempre el norte de todas las actitudes y realizaciones de nuestros amigos del Partido Liberal. Pueden ellos estar seguros que en este tren de combate tendrán siempre a su lado al pueblo constructor de todo lo bello y sublime que tiene nuestra patria que al igual que el año 1920, frenético y delirante, recorriera calles, pueblos y minas, al lado de su querido León, el que fuera el Diputado, Senador y gran caudillo.

Por la unidad de nuestra familia, por el resurgimiento de nuestra Patria y presididos por el espíritu de ese gran demócrata que fuera don Arturo Alessandri Palma, retirémonos en paz».

El señor BRÑES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Castro.

El señor CASTRO.—«Señor Presidente, Honorable Cámara: el Partido Socialista Popular me ha designado para que intervenga en este homenaje a la memoria del ilustre hombre público don Arturo Alessandri Palma. Y me han solicitado que levante también mi voz en representación de ellos en este Hemiciclo, el Partido Democrático del Pueblo, el Partido Radical Doctrinario y todas las organizaciones populares que formaron la Izquierda Democrática de Chile.

Ahora bien, Honorable Cámara, no sé si podré cumplir, tal cual lo desean, este encargo del que soy portador. No es cosa fácil ni de improvisaciones, el hablar en homenaje a la memoria de un hombre que recién ha franqueado el umbral de la Historia.

Estamos todavía todos maravillados por la luz esplendente que escapó de la puerta que se abrió de improviso para dar acceso al Presidente de nuestro Senado; tenemos todavía los ojos heridos por la roja lumbre que venía desde el interior de ese edificio, que sólo algunos pocos privilegiados a través de la Historia del mundo pueden conocer en su interior. De modo que hablar ahora, Honorable Cámara, para referirse a don Arturo Alessandri, significa también lucir en nuestras palabras, en la voz, el milagro de llevar a la yema de los dedos, en las pupilas bruñidas, la sensación de haber conocido, por un instante, por una milésima de segundo, esa estría de luz que se escapó de la puerta de pesados goznes de la Historia.

Y, señores, yo no quisiera esta tarde tener sólo la palabra suave y tenue para dolerme por la ausencia de don Arturo. Bien merece el dolor de su lejanía el que gruesas lágrimas se despeñen por nuestras mejillas; bien merece el no verlo más tranquear por nuestras calles, el que digamos las palabras más doloridas y endilguemos el responso por las cuatro latitudes

del viento. Recordar a este Arturo Alessandri que escribió media Historia de Chile, que hizo estremecer nuestras murallas con sus palabras, obliga también, señores, a pronunciarle un discurso con vehemencia, a elevar el espíritu y endilgar el corazón, como un disparar de potros por los senderos del recuerdo. A este hombre que ha entrado en la Historia en estos instantes, se le recuerda también diciendo la palabra alta, poniendo sonoros metales en el discurso.

¡Hace tan pocos años, tan pocas décadas, que este Arturo Alessandri, de sur a norte del país, de Océano a cordillera, iba estremeciendo los corazones no sólo de los hombres del pueblo, sino que también de las mujeres y de los niños de todas las condiciones sociales!

Yo he oído en mi infancia el relato maravillado de mi vieja madre, junto al rescoldo de los recuerdos. Contaba que sus hermanos mayores, dentro de la disciplina de la casa, en medio de la hacienda, cuidada por mastines implacables para ahuyentar al visitante desconocido, comentaban junto a los ventanales: «Dicen en la ciudad que un hombre joven de altiva prestancia, un hombre buen mozo, que tiene los ojos azules, que habla como los pájaros, viene poniendo una viñeta de emoción en el corazón de Chile».

Y estas mujeres mayores, estas mujeres que, entre la rigurosidad del padre y de la madre, tenían el tiempo preciso para conversar del hombre desconocido que iba inquietando al pueblo de Chile, tal vez amorosamente le arrullarían en sus sueños, dado que este Arturo Alessandri, Honorable Cámara, iba haciendo historia en todos los que le escuchaban: hacía historia en las pupilas maravilladas de los niños; hacía historia en el milagro de los corazones femeninos; y hacía historia en la verde esperanza del proletariado de Chile.

Honorable Cámara, el genio es parco para prodigarse. Tal vez llegue y toque con su varita mágica a un hombre cada cincuenta años, o cada cien o doscientos años.

Este hombre que recordamos se adentraba en la esperanza, en la inquietud, en el litoral y en la montaña de Chile; había sido tocado por la varita mágica.

Pudo haber otros hombres que hablasen como Alessandri; otros hombres que escribiesen como Alessandri; pudo haber otros hombres que hicieran política como Alessandri; pero ninguno hubo en Chile nunca que hiciera todas las cosas a la vez con la perfección con que lo hizo Alessandri.

He ahí el genio, he ahí la figura del genio, untado el crisma para unirlo con el agua bautismal del talento.

Iba a ser candidato a Senador. Llega a Iquique y lo están esperando sus parciales para darle la noticia de la derrota, para hablarle con excepti-

cismo de sus posibilidades de éxito, y para contarle también que ahí esperan las fuerzas policiales para ahuyentarlo y aminorar sus expectativas de triunfo. Y él dice: «vine a vencer y venceré». Y parece que sus parciales florecieran, parece que Iquique entero y la pampa, a través de sus albas tierras supieran de la firmeza de este hombre; y junto a su palabra crepitante, quemante como lengüeteos de hoguera, va también la certeza del triunfo.

¡Y triunfa!

Y otro día en Santiago, en un teatro cuando se asoma a un palco, levantándose para saludar, sus adversarios que están en mayoría inician una silbatina, lo insultan, tratan de apocarlo. Y este Alessandri, que sabe del milagro del genio, sigue saludando con una mano y se yergue, y parece que va a alcanzar el cielo, y luego levanta el otro brazo y cae el cielo sobre sus manos. Y de la silbatina vienen la admiración y los aplausos, sobre el teatro vocea un solo nombre: ¡Alessandri! ¡Alessandri! ¡Alessandri!

Y así siempre.

De la derrota hace el triunfo, del odio de sus adversarios hace el amor, de la displicencia hace la admiración. Así es Alessandri, y así es el genio que lo tocó en la frente.

América ha levantado muchos grandes hombres. América un día produjo en México a un Hidalgo y a un Morelos; y en Cuba a un Martí; y, un día también al tal vez admirable por su pertinacia para defender a su patria dentro de su incultura, Cesar Augusto Sandino, en Nicaragua. Y todos ellos tenían una característica, todos poseían un perfil admirable. Llevaban en su presencia el sello inconfundible de América.

Pero este Alessandri no tiene parecido con ninguno. No lo tiene con Lastarria ni lo tiene con Francisco Bilbao, ni Santiago Arcos en sus inquietudes proletarias. Este Alessandri es Alessandri. Tal vez trae elementos de Morelos o de Martí; tal vez trae elementos de San Martín o de O'Higgins; pero, la simpatía, el calor humano, esta cosa grande para transformar las circunstancias adversas en favorables, es sólo de Alessandri.

Alessandri, nada más.

América le dió su soplo vital; aquí están los materiales americanos, formados a través de la espina dorsal de Alessandri. Pero, el soplo es de América entera; se lo ha dado todo el Continente con sus materiales espirituales. Por eso, cuando entra a la Historia, pasa a ocupar un sitio nada más que como Alessandri, como Arturo Alessandri Palma.

El homenaje de este Diputado, hoy día: en nombre del Partido Socialista Popular y de otras colectividades que me han honrado con su representación, es para Arturo Alessandri, como hombre sin parangón, para este hombre que un día entendió el lenguaje de los trabajadores, que fué a la Pampa y supo de la explotación del obrero pampino; que fué a la ciudad y

supo de las angustias y de la tragedia del obrero del torno; que fué al campo y adivinó el itinerario de la semilla cuando va camino del pan; para este Alessandri, que es Alessandri a través de todas las dimensiones de su estatua histórica.

Y ahora, Honorable Cámara, permitidme una especie de desahogo personal, permitidme que a través de este homenaje dé curso a un sentimiento que me ha embargado estos días. Además de sentir la ausencia de la figura tan agradable, a quien veíamos presidir las sesiones del Senado, con una simpatía que cautivaba, he palpado también truncadas un poco mis aspiraciones de incipiente y modesto escritor.

Una tarde, con mucho temor, le envié un libro de mi producción, un libro donde relato las angustias y tragedias y la explotación de los mineros del cobre.

Tenía temor de que este hombre, inconmensurable en la política y el intelecto chilenos, lanzara el libro al desván de las cosas inútiles. Y he aquí, señores, que encuentro en mi casillero una carta suya. Me habla del libro y me dice cosas que me dan la certidumbre de que él lo ha leído íntegro; y, por último, para demostrarme esta eterna inquietud suya por los humildes, me pone un párrafo significativo: «las palabras del señor Castro Palma —me dice— servirán para inspirar piedad humana a tantos descreídos que corren por el mundo, sin pensar en la desgracia, en el esfuerzo y sacrificio de sus hermanos, que también tienen derecho a vivir la vida con un mínimo de bienestar físico, intelectual y moral».

Esa carta me demostraba dos cosas: primero, que este hombre a los ochenta y tantos años de edad, todavía tenía la lucidez y la inquietud literaria para devorar cuanto libro, por modesto que fuera, llegase a su escritorio.

Y luego significaba también que en su espíritu continuaban crepitando los encendidos carbones de la solidaridad con el pueblo: siempre pensando en los humildes, siempre pensando en los explotados.

Me aprestaba, señores, para ir hasta donde él. Había recibido la invitación por boca de mi Honorable colega, señor García Burr, para ir a visitarle. Deseaba él conversar con el incipiente escritor. Y yo, a través de mi imaginación enfebrecida, llegué a pensar que tal vez una magnífica obra literaria, imposible para mi capacidad, podría ser una biografía novelada de don Arturo Alessandri, y me aprestaba para visitarle e iniciar el trabajo. Hoy que se ha ido, cuando le hablamos para que tal vez nos oiga por los caminos siderales o en las esquinas de las estrellas, yo pienso que lo mío era un proyecto ambicioso. Quizá no haya en Chile una pluma capaz de perfilar sinceramente el monumento que significa la memoria de Alessandri.

Y, para terminar, Honorable Cámara, en medio de esta disertación, yo he traído el recuerdo de mi madre para contar, a través de sus labios, la impresión de ese Chile del año 20 que se convulsionaba, que se sentía inundado por nuevas savias vitales en sus conductos internos porque, en ese instante, cuando vivimos acongojados por su recuerdo y por su ausencia, veo que la Patria entera es una alba mujer, una madre estriada con blancas canas, que está acunando en su regazo adolorido el nombre y la memoria de este hijo predilecto, que ahora reside en el ancho domicilio del cielo».

El señor BRANES (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Abelardo Pizarro.

El señor PIZARRO (don Abelardo).«—Señor Presidente, H. Cámara:

Al agradecer el homenaje que la H. Cámara tributa a don Arturo Alessandri Palma, los Diputados Liberales cierran el libro prodigioso de la vida del correligionario ilustre y entregan a la Nación, porque a ella pertenece, el recuerdo y el ejemplo del gran ciudadano que vivió para servirla.

Homenaje el de hoy día que agradecemos con honda emoción. La voz del pueblo de Chile se ha expresado en este recinto por representantes de todos los partidos políticos; ello es la ratificación oficial de lo que el pueblo en su sencillo lenguaje de lágrimas y sollozos, ha manifestado en la lluvia de flores caída sobre su féretro.

«Sólo el amor es fecundo» solían decir sus labios al dictado de su generoso corazón, y la Nación que tanto quiso, recogió la semilla de su palabra para devolvérsela germinada en el testimonio de su respeto y admiración.

Se pudo pensar que una personalidad como la suya, que actuó durante más de cincuenta años en la vida nacional; estudiante libertario, parlamentario opositor, caudillo vigoroso más tarde y conductor en seguida, durante dos períodos de los destinos del país, necesitaría la lima del tiempo para suavizar las aristas que a su paso tuvo que dejar. Mas no fué así, y se impuso al tiempo su obra maciza. Junto con morir, traspasó los umbrales de la inmortalidad.

El país aprecia y agradece ahora su inmensa obra. Aprecia la admirable ecuación del que fuera caudillo y estadista, del impulsador vehemente de los anhelos populares, que tuvo la serenidad suficiente para vaciar en leyes lo que era justo y realizable. Y agradece la visión de quien, con su acción humana, encauzó dentro de las normas jurídicas lo que pudo ser sólo torrente devastador.

El país aprecia y agradece también su labor internacional por la paz y unidad americana.

El tiempo sólo podrá dar perspectiva al monumento que la ciudadanía erigió en sus corazones al atardecer de un día jueves 24 de agosto.

Gracias, Honorables Diputados, por vuestra emocionada adhesión en esta hora de dolor para el Partido Liberal. Ella nos consuela y enorgullece, como nos consuela y enorgullece la seguridad de que, después de estas horas de dolor y abatimiento, volverá a oírse su nombre, convertido ahora en enseña de la democracia y volverán a entornarse sus cantos de guerra, como himnos permanentes de paz y de fe en el porvenir.

He dicho».

El señor BRAÑES (Presidente).—Se levanta la Sesión.